

— ¡ Al contrario, siento un placer con vuestra presencia, y vuestro lenguaje gratisimo y expresivo va llenando mi alma de una emocion dulcísima y embelesadora !...

— ¡ Si me amarais cual yo os amo !

— ¡ Quién pudiera definir lo que pasa en mi corazon !

Al decir esto cayó medio desfallecida en un banco de piedra. Cárlos se sentó á su lado.

Estaban en la Castellana casi solos, poquísimas personas se veían y cada una embebida en sus animadas conferencias ó en solitarios paseos.

Lisa se entretenia en coger mariposas, corriendo tras ellas de rama en rama, y dejando de este modo á los jóvenes en completa libertad para explicarse sus mutuos pensamientos.

Mas no sucedió así; solo Cárlos apuró todos los recursos de su elocuencia para pintar á la jóven el amor; ella tímida y avergonzada por verse á solas con un caballero por la primera vez de su vida, nada dijo, dejando comprender en su silencio y sus miradas lo que sentia en su interior.

— ¿ Conque nada me contestáis? ¿ no podré tener esperanza? exclamó Cárlos al ver que Edelmira se levantaba para marcharse.

— Estoy demasiado agitada para saber lo que me digo, dejad que estudie lo que pasa en mi corazon para contestaros.

— ¿ Pero al ménos, me permitiréis que os vea?

— Sí; casi todas las mañanas salgo á misa, y luego doy un paseo.

— No faltaré ninguna para tener el gusto de acompañaros.

— Como gustéis.

— ¿Y tendréis la bondad de contestarme á la carta que os he dado?

— No sé si podré; nunca he escrito cartas de amor.

— Explicadme únicamente los sentimientos que os agiten durante mi ausencia, y yo los traduciré.

— Bien : Lisa os dará la carta. Ahora, os ruego nos dejéis solas, es demasiado tarde y pudiera encontrarnos algun conocido de mi madre.

— Sumiso á vuestra voluntad, os obedezco aunque con pena, dijo Cárlos saludando á las jóvenes y retirándose á una distancia, desde donde las fué siguiendo no perdiéndolas de vista hasta que entraron en el jardin del palacio de Florini.

— Y bien, señorita, dijo Lisa, ¿eran exagerados mis elogios cuando os hablaba de don Cárlos? ¿qué os ha parecido?

— ¡Ay! Lisa mia, solo te puedo decir que me ha cautivado el alma.

— Ya no tenéis que temer la soledad que os cerca, el recuerdo de su amor os hará feliz.

Quando Edelmira entró en su habitacion, todo permanecia en silencio; nadie notó su ausencia. Se quitó el sombrero y la manteleta, y cubriendo su cabeza con una toquilla de blonda, entró en su oratorio, donde se arrodilló al pié del altar, dando gracias al Ser Supremo porque le concedia un consuelo que hiciese en adelante mas llevadera la triste y solitaria

vida á que la condenaba su despiadada madre.

Aun permanecía en oracion, cuando entró el aya doña Crispina.

— ¿Y la señorita? preguntó á Lisa.

— En el oratorio.

— ¿Hace mucho que se ha levantado?

— Un cuarto de hora escaso.

— Pues ya son las once; yo tambien, sin saber cómo, me duermo todos los dias.

— ¿Y qué falta os hace madrugar?

— Tienes razon, ya que la señorita no se levanta, bien estamos en la cama.

Edelmira salió al salon con la sonrisa en los labios; por la primera vez acaso de su vida, estaban animadas sus mejillas con un color rosado y en su rostro se advertia una dulce expresion de felicidad.

— Buenos dias, doña Crispina, dijo casi con alegria, olvidando que aquella antipática mujer no perdonaba medio para atormentarla.

— Muy buenos, me alegro encontraros ya vestida, porque así no perderemos tiempo. Ya he mandado preparar el coche.

— ¿Pero dónde vamos?

— ¿Qué, acaso habéis olvidado la visita á las monjas?

— Confieso que no me acordaba.

Un criado anunció que el coche estaba dispuesto, y la pobre Edelmira, poco ántes tan alegre y risueña, volvió á ponerse la manteleta y el sombrero, y siguió

en silencio á la vetusta solterona que iba murmurando á média voz :

— ¡ Olvidar la visita la convento ! ¿ en qué pensará ?

CAPÍTULO XXVI.

TRES VÍCTIMAS.

Continuaremos la conversacion que dejámos interrumpida en el capítulo XIX.

Nuestros lectores recordarán era una hora avanzada de la noche, cuando Ruderico y doña Tecla regresaban á la calle del Sordo, despues de haber desempeñado en la hostería de la Corneja el encargo de Flora.

Diremos ántes dos palabras acerca de la jorobada.

Esta pobre mujer, nació dotada de un alma bastante bella, y de sentimientos humanitarios. Empero, apénas fué creciendo, conoció que el ridículo y la mala suerte se estrellaban sobre su cabeza. Quedó huérfana, sola, en la miseria, teniendo por su desgracia un rostro feísimo y una figura deforme.

Como en el mundo hay desgraciadamente tan poca piedad para los infelices que poseen estas cualidades, tampoco la hubo para Tecla; el ridículo, el sarcasmo y la burla de los hombres la perseguían por doquiera.

ra, y su jóven corazon, que hubiera sido tierno y expansivo, se hizo cruel, duro; su carácter se agrió en extremo, y odió sin poderlo remediar á toda la raza humana.

No teniendo un pedazo de pan con que alimentarse, procuró trabajar; pero sus fuerzas eran tan débiles y tan enfermiza su naturaleza, que no pudo continuar mucho tiempo sosteniéndose con el trabajo de sus manos.

Entónces adoptó cuantos medios se le presentaban para adquirir algunas monedas.

Una casualidad la hizo conocer á la princesa, y entró á su servicio desempeñando toda clase de papeles sin repugnancia ni remordimiento alguno.

Esta es la historia moral de doña Tecla; la de su vida, dejamos á ella misma el cuidado de referirla; puesto que tiene un episodio que nos interesa mucho saber para la aclaracion de nuestra novela.

Rudérico comprendió inmediatamente por las palabras de la jorobada que habia sido en Cádiz la depositaria del niño Arturo, hijo del conde de Cinkar y legítimo príncipe de Florini. Por consecuencia se propuso ganar su confianza, y de grado ó por fuerza hacerla confesar todos sus secretos y los que supiese de la supuesta princesa.

— ¿Y bien, mi querida doña Tecla, volveremos á reanudar nuestra conversacion, no os parece?

— Como gustéis, señor Liborio: estoy á vuestras órdenes y desde luego os declaro que sois una de las poquisimas personas á quien podré mirar sin odio.

— ¿Tan mal nos queréis?

— Á vos, no; sois el único hombre que ha tenido conmigo alguna galantería.

— Es que os miro con deferencia; para mí sois mas apreciable, en vuestra posicion triste y humilde, que la encopetada dama á quien servís de instrumento, y desde luego haria toda clase de sacrificios por sacaros de su poder.

— Mil gracias, señor Liborio, por tan buena voluntad; mas considero muy difícil la realizacion de ese deseo.

— ¿Y por qué?

— ¿No estáis vos mismo sujeto á su dominio?

— Hoy sí; pero saldré en breve y conmigo vos, si queréis fiaros de mi palabra.

— ¡Oh! sí; es mi anhelo mas ardiente. ¿Y contáis con un apoyo seguro?

Con el de un caballero riquísimo, noble y generoso, que nos tenderá una mano protectora.

— ¿Y quién es?

— El conde de Cinkar, ó por otro nombre, Giacomo Albertini.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡El padre del niño! gritó Tecla aterrada: ¡por compasion, señor Liborio, no me delatéis, que no sepa mi existencia! me pediria cuentas de su hijo y no puedo dárselas.

— No temáis nada; si habéis obrado con buena fe, os perdonará y nos ayudará á buscarle.

— No tengo valor para presentarme ante él; nunca,

señor Liborio; dejadme en mi posición agotando hasta las heces el cáliz de la amargura.

— ¿Os negáis á formar alianza con nosotros?

— Sí, sí; tengo miedo.

Rudérico calló, estaban en la calle del Sordo, y no quiso despertar sospechas en la jorobada hasta que hubiese conseguido penetrar en la casa.

— Tened la bondad, mi querida doña Tecla, de aguardarme en la puerta, voy á encender un cigarro en el farol del sereno.

Doña Tecla partió.

Rudérico, acercándose al vigilante nocturno, le preguntó :

— ¿No ha salido nadie?

— Ni un alma.

— ¿Estáis seguro?

— No me he movido de aquí.

— Bien, yo voy á penetrar en busca de mi amo el señor conde de Cinkar; si al amanecer no hemos salido ni uno ni otro, dad parte á la autoridad, y que se registre esta casa hasta encontrarnos.

— Descuidad, que así lo haré; y si os veis en peligro, dad un grito, y acudiremos en vuestro auxilio todos los serenos del barrio.

Rudérico apretó con efusión la mano del sereno, y se dirigió con el cigarro encendido adonde le aguardaba doña Tecla.

— ¿Me daréis hospitalidad, siquiera hasta que amanezca? dijo con galantería. En palacio ya no me abren,

y tendré que pasar al raso dos ó tres horas, lo cual no me hace mucha gracia.

— Entrad, repuso la jorobada presentando franca la entrada.

La puerta se cerró tras ellos; subieron la escalera y entraron en un recibimiento bastante grande; á la derecha se veía la puerta de la sala de los retratos, asegurada por fuertes cerrojos, segun la dejó doña Tecla.

— Sentaos, si gustáis: esta es mi habitacion, pues aunque la casa es grande, solo puedo disponer de esta pieza, y de un oscuro dormitorio.

Rudérico tomó asiento en un sofá, y al sentarse creyó oír á su espalda un ligero ruido como de una ventana que se abre. Volvió la cabeza vivamente, y solo vió la pared empapelada, pero sin señal ninguna de puerta ni ventana.

— ¿Qué os pasa?

— Es particular; creí que se habria una puerta detras de mí.

— ¡Qué ilusiones! nada temáis, estamos completamente solos en la casa.

— ¿De véras? ¿y el caballero que habéis dejado aquí, y que entró con la princesa poco ántes de salir vos á desempeñar la comision que os confió?

— ¡Supongo se habrán marchado!... tartamudeó la jorobada temblando, porque en el semblante de Rudérico se pintó toda la ira que fermentaba en su alma.

— ¡Taimada! ¿pretendes engañarme?

— ¡Por Dios! señor Liborio, sosegaos, ¡yo creí que hablaba con un amigo!...

— Ni me llamo Liborio, ni soy amigo vuestro, como no hagáis alianza conmigo para salvar el caballero que tenéis encerrado en esta casa. Yo soy criado suyo, le aguardé en la calle; y viéndoos salir, os seguí por enterarme de la comision que os obligaba á ir á tan apartados barrios, en una hora intempestiva.

— ¡ Y yo, necia de mí! ¡ que os juzgué criado de la princesa!

— Os engañasteis; y estáis perdida para con ella, porque los bandidos que esperan vendrán, les he dado una orden contraria, y vos me habéis revelado su secreto, lo cual castigaré terriblemente.

— ¡ Me habéis perdido! ya no puedo permanecer ni un minuto en esta casa.

— Aun podéis elegir; salvemos á mi amo, y una vez fuera de aquí, contad con nuestro apoyo.

— ¿ Pero quién es el caballero que está ahí encerrado? La jorobada toda trémula y sin saber lo que hacia, señaló maquinalmente á la puerta de la sala.

— Es Giacomo Albertini, exclamó Ruderico levantándose y recorriendo los cerrojos con la rapidez del relámpago.

— ¡ Dios mio! murmuró la jorobada siguiendo al jóven que habia penetrado en la habitacion y buscaba con ansiedad al conde, aunque inútilmente, porque no habia nadie; solo halló encima de una mesa sus pistolas, las cuales recogió por precaucion, guardándolas en los bolsillos del gaban.

Apénas quedó libre el sofá donde habian estado sentados Ruderico y doña Tecla, cuando se abrió

encima una especie de trampa por la que apenas cabia una persona. Estaba practicada en la pared con tanto disimulo, que era imposible conocerla.

La princesa apareció por aquel hueco, con las mejillas encendidas y los ojos brotando fuego; llena de ira, cerró la puerta de la sala.

— ¡Me ha vendido esa infame jorobada! murmuró con rabia. ¡Cara pagará su traicion!

Luego, bajando unos cuantos escalones, oprimió un tornillo y se oyó el ruido de una tabla que se descorre, y despues otro sordo y lejano, como el de un cuerpo pesado que cae á un sótano.

Aplicó el oído en tierra y sin duda debió sentirlos caer, por que se levantó diciendo:

— ¡Ya están los tres donde no vuelvan á ver la luz!...

En seguida se adelantó resueltamente, entró en la sala de los retratos; estaba vacía. Mirando en torno suyo exclamó:

— No queda indicio alguno de lo pasado. ¡Ay! ¡cuándo me veré libre de enemigos!...

Calló un instante: avivó el fuego de la chimenea y se recostó en un sillón.

— Tengo frio y sueño, dijo estremeciéndose. Y no puedo marcharme tranquila, porque acaso esté prevenida la autoridad. Nos disfrazaremos por si acaso.

Salió de la sala y á poco volvió á entrar completamente trasformada.

Se habia puesto un traje parecido al que usaba doña Tecla, una enorme joroba en la espalda, una

peluca blanca, papalina negra con lazos encarnados, y anteojos.

Se miró al espejo; dió una carcajada y arrellanándose en el sillón exclamó :

¡ Á ver quién conoce en esta facha á la princesa de Florini, ni á Flora del Palancar !...

Á poco se durmió sin acordarse de las tres víctimas que gemian bajo sus piés.

CAPITULO XXVII.

ASTUCIA.

No se engañó la princesa al suponer que la autoridad visitaria su casa. Apénas eran las siete de la mañana, cuando oyó redoblados golpes en la puerta de la calle.

Aun la duraba el sueño en que la dejámos sumida, y al escuchar tan brusco llamamiento despertó sobresaltada; se arregló la papalina y los anteojos, y bajó á abrir con la mayor serenidad.

— ¿Quién es? preguntó imitando la gangosa voz de la jorobada.

— Abrid en nombre de la autoridad.

— ¿En qué puede complaceros la dueña de esta

humilde casa? dijo presentándose al celador de policía y varios agentes que le acompañaban.

— Ahora os lo diremos, permitidnos pasar.

— Adelante, caballeros.

Sin alterarse en lo mas minimo la fingida doña Tecla, echó á andar con vacilante paso, subiendo la escalera y penetrando en la sala de los retratos, donde con mucha finura ofreció un asiento al celador.

— Mil gracias, dijo este ocupando su sillón, acepto vuestra invitacion, porque tengo que haceros varias preguntas.

— Estoy pronta á informaros de cuanto tengáis á bien preguntarme.

— Anoche entró en esta un caballero italiano, el conde de Cinkar.

— ¿Solo ó acompañado?

— No alcanzan á tanto mis noticias; sé únicamente que entró y no ha salido.

— Perdonad, pero estáis mal informado; el conde se marchó de esta casa, serian las tres.

El celador hizo una señal al sereno; este se adelantó y dijo:

— Puedo asegurar que no he visto ni al señor conde ni á su criado, y no me he movido de la puerta.

— ¿Y de qué puerta, amigo mio? Advertid que esta casa tiene dos, una á la calle del Sordo, otra á la del Turco; ¿en cuál estabáis?

— En la del Sordo.

— Hé aquí por qué no los ha visto.

— ¿Luego confesáis salieron por la del Turco? dijo el celador.

— Sí, señor, lo afirmo.

El sereno quedó confundido.

— Y bien, señora, dijo el celador, hablemos claros; esta casa se me ha delatado como sospechosa, y yo debo aclarar todo cuanto tienda á misterio; así pues, tened la bondad de presentar los documentos que os acrediten como dueña de ella, y luego decidnos con entera verdad lo que pasó aquí entre vos y el señor conde.

— Papeles no puedo presentar ninguno, á no ser que queráis mi fe de bautismo; esa héla aquí, dijo alargando un papel. Recibo de inquilinato no le tengo, porque esta casa es propiedad de la señora princesa de Florini. Esta ilustre señora me la ha cedido sin retribucion alguna, porque me ha visto pobre y desgraciada. Ella me conoce hace muchos años y garantizará mi conducta, si es necesario.

— ¿Y estáis empadronada en toda regla?

— Sí, señor; podéis verlo en vuestros libros.

— ¿Cómo os llamáis?

— Doña Tecla Chirivías. Hace año y medio que vivo aquí. Soy natural de Cádiz y mañana salgo para esta ciudad.

El celador mandó á un agente á saber si era verdad lo que acababa de decir la fingida jorobada. Luego prosiguió:

— Bien, tened la bondad de decirme qué negocio ha traído anoche al señor conde de Cinkar, y por qué

salisteis vos á la una de la madrugada dejándole aquí.

— Voy á complaceros. Hace mas de quince años, tuvo el conde que hacer un viaje á América; yo estaba en Cádiz, y me dejó hasta su regreso un niño de corta edad. Le tuve dos años en mi compañía, al cabo de este tiempo tuve que venir precipitadamente, porque mi padre, enfermo de peligro, me llamaba á su lado.

Dejé el niño en casa de una señora, y cuando volví á buscarle, aquella señora habia muerto, y el niño desaparecido, sin que nadie pudiera darme razon de su paradero. Tan solo pude averiguar que un jóven se le trajo á esta corte con ánimo de entregármele. Me vine otra vez; pero ni encontré el niño ni á su conductor.

Así han pasado quince años. Hace pocos dias encontré por casualidad en la calle al conde de Cinkar. Al reconocermeme me preguntó en seguida por el niño: le dije lo que me habia pasado, y que aun hoy, despues de tanto tiempo, hago diligencias por hallarle, las que no creo infructuosas, porque una mujer, paisana mia, me aseguró hace pocos dias que el niño estaba en Cádiz, donde volvió á llevarle el mismo que le habia traído. Quedé en informarle de cuantas indagaciones hiciera; él por su parte me ofreció venir anoche; lo que hizo efectivamente á una hora tan avanzada, pues segun me dijo anda escondido no sé por qué delito político. Yo no habia podido ver á mi paisana, y por complacerle salí esta madrugada;

me acompañó su criado, y volvimos cuando nos vió el sereno.

— ¿Y encontrasteis á la mujer que fuisteis á buscar? preguntó el celador.

— No, señor, supe que se marchó ayer á Cádiz; esto mismo dije al conde, y convinimos en marcharnos todos allá. Él ya estará con su criado en camino, pues me ofreció marchar en seguida, y yo voy mañana.

Esta es, señor celador, la verdad; ahora, juzgad como os parezca. Si creéis sospechosa mi casa, registrad todos los rincones, y si algo halláis, me someteré con gusto á las prescripciones de la ley. En cuanto á mi persona, la señora princesa responderá en un todo de mi notoria honradez y acrisolada virtud.

— Dispensadme; pero no puedo ménos de visitar con minuciosidad toda la casa.

— Vamos, pues, yo os la enseñaré.

El celador y parte de su acompañamiento examinaron todas las habitaciones de la casa, no hallando en ellas nada de particular.

— Y bien, señor celador, dijo la supuesta doña Tecla, yo no quedo tranquila hasta tanto que no me hagáis el obsequio de informaros de mi conducta, preguntando á la señora princesa de Florini.

— Estoy satisfecho con vuestras explicaciones; os ruego me perdonéis la molestia que os he causado, y que no me ha sido dable evitar, porque tenemos que cumplir nuestro deber.

— Yo quiero quedar satisfecha, y para que no vuelva á seros sospechosa esta casa, la misma princesa irá á deciros que solo abriga en ella á seres tan virtuosos como infortunados, y que todas las personas que la habiten merecerán su confianza.

Excusado es decir que la princesa no se descuidaria en dar este paso, asegurándose de que no volverian á molestar á los inquilinos á quienes gratuitamente, y solo por caridad, cedia su casa de la calle del Sordo.

El celador se marchó tranquilo en un todo; el pobre sereno llevó una fuerte reprimenda, la que no tuvo mas remedio que sufrir; pero desde aquel dia miró con malos ojos á todas las personas que entraban y salian en la casa misteriosa.

No quedó tan satisfecho como el celador con las explicaciones de la jorobada, y se propuso espiar hasta que consiguiese ver claro el misterio del conde y su generoso criado.

CAPITULO XXVIII.

EL PINTOR.

En la calle de la Cruz, en un sencillo y humilde cuarto tercero, vivia un pintor, que habia alcanzado

gran fama por sus magníficos cuadros, y sobre todo, por los retratos que salian de su estudio.

Penetremos en su casa, lectores míos, y conoceréis al hombre mas amable, modesto y bondadoso que os podéis imaginar.

Aunque goza de un renombre distinguido, no conoce el orgullo, ni se advierte en torno suyo ese lujo superfluo que tan general se va haciendo en todas las clases, ni ese deseo inmoderado de aparentar y de darse la importancia que tienen la mayor parte de las personas cuyo nombre llega á hacerse algo popular.

Era viudo y vivia con sus ancianos padres, á los que amaba y veneraba en extremo y con un jóven huérfano á quien tenia á su lado desde pequeñito, habiendo sido para él un padre tiernísimo y un maestro desinteresado y celoso.

Este honrado y simpático pintor, llamábase don Constantino López : era alto, delgado, cabello y barba negra, rostro expresivo y bondadoso, sombreado por hermosas y rizadas patillas.

Á su protegido, ya le conocen nuestros lectores, era Sebastian, el amigo de Cárlos.

El estudio del pintor y donde ejecutaba sus trabajos mas delicados, era una pieza grande con dos balcones á la calle ; los muebles que la adornaban eran escasos y de poco mérito, todo en aquella pieza eran objetos del arte, y magníficos cuadros de un valor inmenso.

Don Constantino estaba trabajando en un retrato de señora y Sebastian en otro de caballero.

Ambos guardaban un silencio profundo.

Serian las nueve de la mañana.

Una señora anciana, con el cabello enteramente blanco, entró en el estudio exclamando :

— ¿Pero, hijo mio, á qué te entregas con tanto afan á tus tareas ? ¡ trabajando desde tan temprano, y sin acordarte de tomar el chocolate !...

— Qué queréis, madre mia, el trabajo es mi elemento, contestó don Constantino, dejando el pincel para abrazar con la mayor ternura á la anciana señora. Luego continuó :

— ¿ Y habéis descansado ?

— Sí, hijo mio, he tenido un sueño delicioso.

— Contádnosle.

— Despues, ahora venid á tomar chocolate. ¿ Y mi querido Sebastian, cómo está ? dijo la anciana acercándose al jóven.

— Estoy bien : mil gracias por vuestro interes, mi querida señora. ¿ Y don Claudio, ha pasado bien la noche ?

— Perfectamente, y sin embargo, todavía duerme como un cachorro.

— Dejadle descansar, madre mia, repuso don Constantino.

— Ya le dejo ; porque conozco que, segun el trabajo es tu elemento, el de tu padre es el sueño.

— ¿ Y el vuestro, cuál es ? preguntó riendo el pintor.

— Mi elemento y el sol que alumbra mi cansada vida, es el amor de mi hijo.

— ¡Madre del alma! exclamó el jóven viudo estrechándola contra su pecho.

Ambos permanecieron abrazados largo rato, y sus lágrimas corrian en abundancia.

Sebastian fijó en ellos una mirada triste y profunda. Luego rompió á llorar amargamente, y exclamó en un arrebató de dolor que no le fué dado contener :

— ¡Quién tuviera una madre!

El desgarrador acento del jóven penetró hasta el corazon de aquellos seres tan nobles y virtuosos; por un impulso espontáneo, corrieron á él alargándole los brazos.

— ¡Si padre y madre deseas, aquí los tienes! exclamaron á un tiempo.

— ¡Madre, sí! repuso escondiendo el rostro en el seno de la noble anciana.

— ¿Y para mí no tienes una caricia? dijo don Constantino entre ofendido y risueño.

— Me habéis rechazado esta mañana.

— Sí; pero es porque me guardas un secreto que yo debo penetrar por el bien tuyo.

— ¿Qué secreto te guarda, hijo mio? acaso yo lo sepa.

— Es muy difícil, doña Aurora, murmuró Sebastian dejándose caer con abatimiento en un sofá.

— ¿Tambien tienes conmigo reserva? dijo doña Aurora amenazando con un gracioso signo á su protegido.

— ¿Os acordáis, madre mia, dijo don Constantino

sentándose al lado del jóven, que hace pocos dias pasó Sebastian una noche fuera de casa ?

— Perfectamente lo recuerdo, como que me hizo pasar una inquietud mortal.

— Hé ahí el secreto, lo que deseo saber es dónde estuvo.

— ¿Y no te lo dice ?

— Aun no he podido conseguirlo.

— Sería una ingratitud, y yo no creo haber protegido á un ingrato.

— ¡ Ah ! perdon ! perdon ! exclamó Sebastian cubriéndose con las manos el rostro bañado en llanto.

— Tú tienes una afliccion inmensa ; desde ese dia estás triste y la palidez de tus mejillas crece sin que yo pueda adivinar la causa.

— ¡ Soy muy desgraciado !...

— Qué te falta, pues ; yo he procurado hacerte un hombre virtuoso, instruido, de nobles sentimientos ; te he dado un arte hermosísimo con el que puedes adquirir una corona de gloria. Lo único que te faltaba, era el amor de tus padres, y en nosotros lo has encontrado. ¿ Qué mas quieres ? necesitas un nombre, toma el mio, mi apellido será el tuyo, estoy pronto á reconocerte como hijo para que no tengas ningun pesar.....

— ¡ Oh ! alma noble ! corazon magnánimo ! exclamó Sebastian ahogado por los sollozos y arrojándose á los piés de su bienhechor.

Doña Aurora ocupó su asiento, y entre la madre y

el hijo estrecharon la cabeza del virtuoso adolescente que lloraba de gratitud y de emocion.

— Vamos, cálmate, dijo don Constantino haciéndole sentar en medio de los dos. Cuéntanos todos tus secretos, y si has incurrido en alguna falta, ó te ves en un compromiso grave, cuenta con nuestra indulgencia y nuestra proteccion.

— Sois conmigo demasiado buenos ; ¡ yo no merezco tanta bondad !...

— Lo que queremos, no son elogios, sino oír lisa y llanamente tu confesion, dijo doña Aurora.

— Escuchadme. Ya conocéis á mi amigo Cárlos.

— Sí, y que por cierto no me gusta tu intimidad con él ; aprovecho esta ocasion para repetírtelo. Es un muchado muy holgazan, y la holgazanería es madre de todos los vicios. Luego, está acostumbrado á gastar sin tino ni medida. Ignora el valor del dinero, porque no le han enseñado á ganar un real con su trabajo ; y ademas, es orgulloso y tiene ambicion ; por todas estas cualidades, no puede abrigar en su corazon la virtud que es hermana del trabajo, ni los sentimientos del hombre noble y generoso que se ha educado bajo el freno de la razon y de la santa religion cristiana.

— Conozco la verdad de cuanto me decís, pero yo no puedo ser ingrato para con él ; me ha salvado la vida y le debo una gratitud inmensa ; por eso procuro apartarle de la resbaladiza senda que le arrastra á su perdicion, y deseo inspirarle amor al trabajo y al estudio, exponiéndole de continuo la excelencia del

hermoso arte que profeso y que he aprendido de vos.

— ¡ Pero es ya tarde !...

— La culpa no es mia.

— Tienes razon ; pero prosigue hablando de...

— Á eso voy. Cárlos que está enamorado de una bella y hermosa niña, me llevó un dia á su casa para que la conociese.

Sebastian no pudo proseguir, un criado entró anunciando que una señora deseaba ver á don Constantino López.

— Al momento voy, contestó este ; que pase á la sala, y volviéndose á Sebastian le dijo :

— Luego estaremos solos y podremos oir con libertad tus confidencias. Ya son cerca de las diez, no tardará en venir la marquesa del Rio con su cuñada para concluir el retrato.

— ¡ Y el tuyo cómo va ?

— Como no ha venido el caballero, hace dos dias está parado.

Sebastian al decir esto mostró con el dedo el lienzo, donde ya se destacaba gallarda y majestuosa, la figura de un caballero anciano.

Don Constantino fijó la vista en él, y se volvió asombrado á mirar á su discípulo.

— Es admirable, dijo á su madre en voz baja. ¿ No veis una semejanza exactísima en ese rostro con el de Sebastian ?

— Y es verdad. La misma fisonomía, el corte de cara, ese aire distinguido... Vamos, todo. ¿ Si será de su familia ?... exclamó la anciana.

— No me queda duda. Y dime, Sebastian, dijo alzando la voz, ¿no ha dejado su nombre ese caballero?

— No ; lo que hizo fué pagar el retrato. Ha venido dos dias, quedó en volver al siguiente y ya van tres con hoy que no ha parecido.

— Cuando venga quiero verle, avísame.

— Está bien.

— Ahora voy á ver quién es la señora que me aguarda en la sala.

Don Constantino salió, Sebastian y doña Aurora quedaron contemplando el cuadro, agitados cada cual de diferentes pensamientos.

CAPITULO XXIX.

LETICIA.

El pintor quedó sorprendido al ver que la dama que habia solicitado verle era una modesta y graciosísima niña, de diez y nueve años lo mas, aunque no representaba tantos.

Cambiados los primeros saludos, la invitó á sentarse en el sofá.

La jóven iba sencillamente vestida con un traje de merinete color de avellana ; una talmita corta de la misma tela guarnecida con una cinta de terciopelo negro, cuello y puños de batista lisa, y un velo de tul, completaban su atavío.

— ¿ En qué puedo complaceros ? la preguntó el pintor.

— Teniendo noticia de la perfeccion y belleza con que salen los retratos de vuestro hábil pincel, deseaba hicieseis el mio y el de mi hermana en un grupo.

— Con mucho gusto. Aunque son exageradas las noticias que acerca de mi habilidad habéis adquirido, sin embargo procuraré complaceros en cuanto me sea posible.

— Bien ; ahora me resta advertiros que nosotras solo podemos venir los dias de fiesta por la tarde, los únicos dias que salimos reunidas. ¿ Podréis hacerle con esta condicion ?

— Os confieso que no me es muy grato quebrantar el tercer mandamiento ; sin embargo, si es absolutamente indispensable...

— De todo punto indispensable, ó renunciar á tener nuestros retratos, lo que sentiríamos en extremo.

— En ese caso, empezaremos desde luego, si os parece ; yo procuraré adelantar el trabajo para lo que se habia de hacer en tres dias ejecutarlo en dos.

— Ó en uno, si fuere posible, porque nos tendréis aquí toda la tarde, y luego os mandaremos los trajes para que continueis trabajando.

— Convenidos.

— Entónces, hasta despues.

— Adios, señorita.

Cuando la jóven salia de la sala, entraban dos señoras : una, anciana y gruesa, otra, de unos cuarenta y cinco años, pálida, delgada, con semblante expresivo, en el que se notaba á primera vista la huella de un pesar cruel.

Sus ojos negros, de mirada recelosa y sombría, brillaron un instante al distinguir á la jóven. Por un impulso espontáneo, imperioso, que no pudo reprimir, la detuvo con un signo y exclamó :

— ¿Cómo os llamáis ?

— Rosa, servidora vuestra.

— ¡ Ay ! ¡ mis hijas no se llamaban ninguna así !... pero de seguro serán tan bellas como vos. ¿ Cuántos años tenéis ?

— De cierto no os lo puedo decir ; creo que ya he cumplido diez y nueve.

La señora pálida, en la que habrán conocido nuestros lectores á Leticia, la cuñada de la marquesa del Rio, rompió á llorar con amargura, estrechando á la jóven entre sus brazos.

— Vamos, Leticia, dejad á esa niña, dijo la marquesa : á todas las jóvenes de esa edad queréis abrazar, y se os figura que son vuestras hijas.

El pintor contemplaba extático aquella escena. Rosa, tan conmovida como Leticia, vertia tambien abundantes lágrimas y la costaba trabajo desprenderse de sus brazos.

— Marchaos, hija mia, os lo ruego, dijo la del Rio conduciendo á Rosa hasta la puerta.

— Me separo con pena de esa señora, exclamó sin poder contener su llanto.

— Es preciso desaparezcáis de su presencia, porque temo en ella un acceso que la perjudique.

Rosa, vencida por las instancias de la aristocrática dama, bajó la cabeza tristemente y desapareció de la sala.

— ¡ Ay ! Dios mio ! fué murmurando para su interior ; ¿ por qué las caricias de esa señora han conmovido mi alma ?... ¿ por qué veo en su rostro la hermosa y dulce imágen que tengo grabada en el corazon desde mi niñez ?... quiero verla otra vez, sin que ella me vea á mí... su salud al parecer es muy delicada y no quiero se agrave por una imprudencia mia. En este portal me quedo, desde aquí las veo bajar la escalera y subir en el coche, pues supongo será suyo ese que aguarda á la puerta.

Firme la simpática Rosa de Mayo en esta resolucion, se situó en la casa de enfrente, no moviéndose de allí hasta que satisfizo su deseo.

Leticia, sumamente afligida, continuó llorando, sin que pudiesen calmarla las reflexiones y ardientes ruegos de su cuñada.

Don Constantino creyó importuna su presencia, y salió de la sala dejando solas á las dos señoras.

Aprovecharemos el momento para decir dos palabras á mis amables lectores, acerca de estos nuevos personajes que presento en escena.

La marquesa del Rio, era siempre la misma que en *La Pastora del Guadiela*, noble, bondadosa, indulgente, y un bellissimo tipo de la dama caritativa y amante de los pobres en demasía.

Una agudísima enfermedad le arrebató su esposo, y quedó viuda cuando mas necesitaba la proteccion y los cuidados de un consorte, tan bueno y tierno como era el suyo. Sin embargo, se conformó con su suerte, resolviendo no volverse á casar, y puesto que habia quedado rica y sin hijos, consagrar sus desvelos y sus riquezas en obsequio de los pobres y los desgraciados.

Así lo hizo en efecto, siendo la primera víctima á quien tuvo que abrir sus brazos, la desventurada viuda de Enrique Simon.

Nuestros lectores de *La Pastora del Guadiela*, recordarán la historia de la interesante y virtuosa Leticia, cuando por atender á la subsistencia de su anciano padre y de sus tiernas hijas, trabajaba sin descanso noche y dia, haciéndolo por *egoísmo*, segun, con tanta gracia como oportunidad, refirió á las dos marquesas.

No habrán olvidado tampoco su casamiento con Enrique Simon, ni su viaje á la capital del vecino imperio, donde los dejámos al finalizar la primera parte de esta novela.

Enrique Simon emprendió varios negocios en Paris, y se resolvieron á habitar en él algunos años. Por consecuencia, alquilaron la casa núm. 219 de la rue du Temple, la cual se encuentra situada de modo,

que estando compuesta de dos cuerpos separados por un patio, el uno de ellos da á la rue du Temple, que compone el núm. 219, y el otro, extendiéndose mas que el primero, pasa á ocupar la parte de atras de la casa 221. Esta es la primera que se encuentra en dicha calle á mano derecha, y por consiguiente hace esquina á ella y al Boulevard San Martin, frente al Château-d'Eau. Ahora bien, como el primer cuerpo de la casa 219 ocupa la parte de detras de la 221, viene á dar tambien al Boulevard de San Martin; pero la entrada la tiene siempre por la rue du Temple, á causa de hallarse ocupada, la parte que da á los Boulevards, por el tan antiguo y conocido café du Hameau que ocupa el piso bajo.

Enrique Simon tomó para su familia el piso principal, sin tener en cuenta la mala disposicion de la casa, que la hace á propósito para perpetrar en ella toda clase de crímenes y robos, pudiendo los perpetradores escapar sin impedimento alguno.

La costumbre en la casa 219, es cerrar la gran puerta de entrada á las doce de la noche; mas acostumbran muchos de los concurrentes al café du Hameau á entrar y salir por la puerta que da al patio de la casa, bien porque vivan por aquel lado, bien, como hay muchos, porque no pueda nadie, viéndolos entrar en el café, acusarlos de vagos.

En este número se encontraban cuatro españoles, al parecer escapados de su país. Á todas horas estaban en el café, acechando ocasion de penetrar en el piso principal, donde habitaban sus compatriotas, con

ánimo de hacer en su casa un robo de consideracion, que les permitiese salir de la apurada situacion en que debian hallarse, á juzgar por su exterior deteriorado y miserable.

Hubieron por fin de conseguir su intento una noche en que la desventurada Leticia estaba sola con sus hijas. Hacia poco tiempo habia fallecido su anciano padre, y tanto ella como las niñas vestian luto riguroso.

Su primer impulso, viéndose sorprendida por cuatro enmascarados, fué de terror ; dió un grito agudísimo y estrechó entre sus brazos á las trémulas niñas que lloraban con su madre, sin comprender la causa de su llanto.

Uno de los bandidos cogió á la pobre señora, la tapó la boca con un pañuelo, luego separando violentamente á las niñas, la ató los brazos, dejándola asegurada á un pié de la cama.

En seguida cogió las niñas, y tapándolas tambien la boca por ahogar sus gritos, echó á correr con ellas, en tanto que su desdichada madre rompía el pañuelo con los dientes y gritaba con un acento capaz de conmover un corazon de piedra, « mis hijas ! mis hijas ! tomad cuanto poseo, pero dejadme esos pedazos de mis entrañas... ¡son mi tesoro, mi único consuelo !... »

Los demas bandidos que se ocupaban en abrir los cajones, extrayendo cuantas riquezas encontraban, acudieron á evitar los gritos de aquella desdichada. En aquel momento entró Enrique Simon con un

puñal en la mano, y se alabanzó á uno de los bandidos arrancándole la máscara. Al reconocerle, gritó :

— ¡ Infame ! eres tú ? me las pagarás !...

— ¡ Estamos perdidos ! dijo á sus compañeros ,
¡ acaba de reconocerme el insensato !...

— Pues que muera, gritaron los otros.

— ¡ Muera ! gritó el mismo ladron con ira.

Entre los tres le desarmaron.

Cogió el puñal el bandido á quien Simon quitó la máscara, y le hundió tres veces en el pecho del desdichado, que gritó al espirar :

— ¡ Esposa mia !... Adios... me mata Pereiv...

Una nueva puñalada le evitó concluir la frase.

Empero la desdichada Leticia se habia desmayado, y no vió el fin de aquella escena sagrienta.

Cuando recobró el sentido, estaba loca. Los ladrones habian desaparecido.

CAPÍTULO XXX

PRESENTIMIENTOS.

Viendo la marquesa del Rio que su cuñada continuaba con la misma afliccion, se sentó á su lado, procurando consolarla con las palabras mas tiernas y cariñosas.

Un criado entró á colocar unos ramos de flores delante de un velador donde habia unos hermosos jarrones de china.

La marquesa se dirigió á él y le dijo :

— Hacedme el obsequio de preguntar á don Constantino quién es la jóven que hemos visto al entrar aquí.

— Si gustáis, yo puedo satisfacer vuestra curiosidad, contestó el criado.

— Si vos lo sabéis, corriente.

— Acaso mejor que mi amo ; he vivido en frente de la casa de esas chicas bastante tiempo.

— ¿Luego son mas de una ?

— Dos hermanas, hijas de la Corneja, una pícara

bruja encubridora de crímenes y malos hechos, que tiene taberna en Lavapiés, donde acuden todos los tunos y vagos de Madrid.

— ¡Qué lástima de criaturas!...

— Ellas cantan y tocan para divertir al público, y...

— Basta, amigo mío, no quiero saber más, mil gracias por vuestras noticias.

El criado inclinándose salió.

— ¡Ves, mi querida Leticia, por tu extraña manía de mirar con interes á todas las jóvenes de esa edad, á lo que te expones?... Si en la calle te hubieran visto abrazar á esa criatura hija de una miserable, ¡qué juzgarian de ti!...

— Tienes razon, ¡ay! pero no pude reprimir un impulso de mi alma, como tampoco puedo en este momento reprimir el llanto que brota de mis ojos á raudales.

— Lloro, pues; pero llora en mi seno, y que las lágrimas desahoguen tu corazon.

La anciana marquesa colocó la cabeza de Leticia en su seno, y la miraba sorprendida.

Hasta entónces todos los accesos de la pobre loca habian sido delirantes, acongojadores, recordando la terrible escena, pero nunca la vió llorar ni afligirse de aquella manera.

En esta situacion las encontró el pintor cuando, creyéndolas completamente tranquilas, volvió á entrar en la sala.

— Por hoy es imposible continuar el retrato, le

dijo la marquesa. Mi querida Leticia está demasiado alterada.

— Como gustéis, contestó don Constantino.

— Sabéis que está enferma, y debemos aprovechar los momentos favorables ; mañana, si la encuentro bien, volveremos.

— Estoy á vuestras órdenes, repuso don Constantino con una graciosa inclinacion.

Las despidió con la mayor finura, y se volvió á su estudio á preparar el lienzo donde habia de empezar aquella misma tarde el retrato de las dos jóvenes.

Sebastian salió despidiéndose hasta la noche, en cuya velada ofreció continuar su interrumpido relato.

La marquesa del Rio y Leticia subieron en su carruaje ; Rosa las contempló con las mejillas encendidas y el corazon palpitante. No se cansaba de mirar aquel rostro pálido, aquella mirada dulce, profunda, y la figura poética y delicada de la interesante Leticia.

Un recuerdo confuso de su infancia habia brotado á su mente. Ella conservaba fija, indeleble la imágen seductora de una mujer que arrullaba su sueño cuando niña, y que al despertar hallaba siempre junto á su cuna. ¡ Ay ! y aquella hermosa imágen, que no habia vuelto á ver en su vida, se le representó en Leticia. Era la misma, no podia dudarlo ; y aunque lo dudase, su corazon se lo estaba diciendo á voces.

¡ El grito poderoso de la sangre se dejó oír altivo y pujante en aquellos dos corazones, y sin embargo fué ahogado por la fatalidad, por la duda !...

— ¡ Ay ! si fuera mi madre !... gritó Rosa medio

desfallecida, y siguiendo como una loca al carruaje que partió á escape.

No pudo resistir á un impulso supremo que la llevó en pos de la hermosa señora de rostro pálido y triste. Sacó fuerzas de flaqueza, y sin embargo de la velocidad que llevaba el coche, le siguió á traves de calles y callejuelas.

Detúvose por fin ante una hermosa casa de la Plazuela del Progreso. Apeáronse las señoras, y cuando ya subian la escalera, llegó Rosa sofocada, con el rostro encendido y el corazon palpitante como si hubiera querido saltar en pedazos de su pecho. Agotadas sus fuerzas, cayó en el dintel de rodillas, y alargando las manos en actitud de súplica, exclamó en un arranque espontáneo que no pudo reprimir :

— ¡Una mirada!... ¡Oh! una mirada!... ¡madre mia!... madre mia!...

Las señoras no la oyeron, y la infeliz niña cayó en tierra desmayada.

Este acontecimiento fué un objeto de curiosidad para los criados de la casa. Cada uno decia una cosa y no faltaron chanzas y bromas picantes que amenizaran el caso.

Viendo el portero que la gente se agrupaba en derredor, y compadecido al propio tiempo de la infeliz Rosa que al caer se habia herido en la frente, la cogió en brazos, y entrando en la portería la depositó en un sofá.

Hizo despejar la puerta, que obstruían una multitud de personas ansiosas de novedad, y quedando

solo con su mujer y algunos criados mas de la casa, empezó á procurar remedios con que volviera en sí la desmayada jóven.

Merced á un frasquito de esencias, no tardó en recobrar el sentido. La hermosa luz de la inteligencia fué poco á poco iluminando su entendimiento.

Abrió los ojos, y al encontrarse en un paraje para ella desconocido, tendió en torno suyo una mirada de asombro, que concluyó por fijar en la mujer del portero.

— ¡ Ah, señora ! exclamó ; ¿ qué me ha sucedido ?

Luego se tocó la frente y al retirar la mano manchada de sangre murmuró :

— ¡ Dios mio ! estoy herida !...

— No temáis, señorita, dijo la portera, buscando un trapo de hilo en un canastillo : habéis sufrido un golpe en las piedras, pero es cosa leve. Voy á poneros una venda, permitidme.

Con la mayor amabilidad estuvo la buena mujer curando á la jóven : despues deseosa de satisfacer su curiosidad la preguntó :

— ¿ Qué desgraciado accidente os ha traído á desmayaros á nuestra puerta ?

— ¡ Ay ! no lo sé !

— ¡ No lo sabéis, ó no queréis decirlo ? repuso la portera entre ofendida y risueña, figurándose acaso que por los cuidados que acababa de prestar á la jóven tenia derecho á saber sus secretos.

— Dejádme que lo recuerde ; aun se confunde mi razon y necesito coordinar mis ideas para contestaros.

Se cubrió la cara con las manos, y estuvo recordando cuanto la habia ocurrido desde que entró en casa del pintor.

— ¡Qué loca he sido! pensó interiormente, dejarme arrebatado hasta ese extremo, por un impulso del corazón que yo al pronto he creído un presentimiento, y que muy bien pudo ser ocasionado por el ardiente deseo de encontrar una madre de sentimientos mas humanos que esa Corneja, á la cual detesto sin poderlo remediar. Sin embargo, una simpatía vivísima me une á la señora de rostro pálido; yo seria muy feliz viviendo á su lado, aunque solo fuera en clase de criada. Lo intentaré. De todos modos, nos es preciso abandonar aquel infernal tugurio donde solo se respira la atmósfera de la maldad.

— En qué pensará, decia el portero á su consorte viendo á la jóven tan ensimismada.

La portera no pudiéndose contener, exclamó:

— ¿Habéis coordinado ya vuestras ideas?

— Sí, amiga mia; y he visto bien claro el inmenso beneficio que me habéis prestado, por lo cual os doy infinitas gracias. Si un dia la suerte me sonríe, conforme hoy me es tan contrária, prometo recompensaros segun merece vuestra generosa compasion; en tanto, contad con mi viva gratitud, y con la amistad franca y leal que os ofrezco.

— ¡Vaya! eso no vale la pena! no os esforcéis en elogiar una conducta que no tiene nada de particular, y contadnos cómo ha ocurrido eso.

— Muy sencillo. Yo conocí en otro tiempo á una

señora por la que derramaria la última gota de mi sangre, por la que daria mi vida, si necesario fuera, y á la cual busco hace años con incansable afan. Hoy creí satisfecho mi ardiente deseo, porque me pareció reconocerla en una de las señoras que entraron en esta casa. Las vi en la calle de la Cruz subir al coche, que partió rápido como el relámpago, y yo en mi viva ansiedad por conocer su nombre y su casa, seguí al carruaje corriendo tras su huella como una loca. Empero, al llegar aquí, la fatiga y el cansancio habian agotado mis fuerzas, y caí en tierra sin sentido.

Rosa calló. La portera, habladora como todas las de su oficio, y deseando dar noticias de sus amos, exclamó :

— Las dos señoras que visteis apearse aquí, son nuestra ama la marquesa del Rio, y su cuñada doña Leticia Sánchez de Simon. Ambas son viudas, y hacen una vida ejemplar, ocupándola toda en buenas y santas obras.

— Por el nombre no reconozco en ellas á la señora á quien busco.

— Puede que os hayáis engañado.

— Quizá ; ¡y sin embargo, yo tendria tanto gusto en vivir á su lado, aunque fuera en clase de criada!...

— Acaso lo podáis conseguir. Ahora admiten dos criadas, solamente para asistir y cuidar á doña Leticia, porque la pobre señora está loca, y necesita constantemente á su lado una ó dos personas.

— ¿Doña Leticia, es la mas jóven? preguntó con ansiedad Rosa.

— Sí; en la palidez de su rostro y sus miradas se conoce la enajenacion mental que padece.

— ¡Loca! ay! Dios mio! Y decidme, ¿podria yo conseguir entrar á su servicio con una hermana mia?

— ¡Puede ser, si tenéis buenos informes!... yo estoy encargada de buscarlas.

Uno de los criados de la casa entró en la porteria, y al ver á Rosa, no pudo ménos de exclamar:

— ¡Hola! ¿está aquí la cantora de Lavapiés? ¿Y cómo va, querida? y Flor del Espino?

— Mi hermana, delicada como siempre, y deseando lo mismo que yo abandonar aquella casa.

— ¡Oh! pues en la hosteria de la Corneja no debe estarse mal, á todas horas tan concurrida, tan alegre, y donde recibis aplausos á porfia...

— Con todo, deseamos perderla de vista, y al efecto solicitaba en este instante entrar al servicio de la señora de esta casa.

— ¡Aquí! vosotras, já! já!... el criado, haciendo un gesto de desprecio, empezó á reir estrepitosamente.

— ¡Oiga! exclamó la portera, ¿conque esta jóven á quien yo creí una señorita, es la hija de esa horrible bruja, en cuya casa se albergan todos los pájaros de mal agüero que hay en Madrid?

— Justo.

— ¡Vaya un chasco! ¡si me comprometo por ella, quedo bien, no hay duda!

— ¡Y acaso porque estemos en una hostería, no podemos ser tan buenas y tan honradas como las que habiten palacios? dijo Rosa resentida y abandonando el sitio donde habia permanecido hasta entónces.

— Lo ignoro si lo seréis, repuso la portera; la fama no os abona en verdad; porque vuestra casa y los que la habitan y frecuentan, están reputados como la escoria de la corte.

— ¡Oh Dios mio! murmuró Rosa cubriéndose la cara con las manos, y sintiendo subir á sus mejillas el encendido carmin de la vergüenza.

— Si salís de allí, continuó la portera, no busquéis donde estar en clase de criadas, pues de seguro, nadie que se estime un poco os admitirá en su casa.

Medio loca, trastornada de dolor, la infeliz jóven se lanzó á la calle gritando con desesperacion:

— ¡Oh! ni un minuto... ¡ni un minuto mas permaneceremos allí!...

Los criados quedaron haciendo toda clase de comentarios.

CAPÍTULO XXXI

PROYECTOS Y FUGA.

En tanto que á la Rosa de Mayo ocurrían los sucesos que acabamos de referir, otras escenas tenían lugar en la hostería.

La Corneja habia mandado llamar muy temprano á German y á López, sugetos de malísimos antecedentes, á los que recordarán nuestros lectores haber visto figurar en los primeros capítulos de esta novela como amigos de Pereival.

En cuanto llegaron, los llevó con mucho misterio á la mesa mas retirada de la trastienda, y sentándose á su lado les dijo así :

— Como sois mis mejores y mas antiguos amigos, voy á daros una prueba de confianza.

German, atusándose los bigotes, se puso á escuchar con mucha calma. López exclamó :

— ¿Es acaso algo de Pereival ?

— ¡Quiá! ni me acuerdo de semejante sugeto, dijo la Corneja.

— Yo sí, continuó López; porque el infame ha desertado de nuestras banderas y me he de vengar estrepitosamente.

— ¿Pero no os ha cumplido sus palabras?

— No por cierto. Desde que se ha hecho baron y gasta espléndidos coches, y un fausto oriental, ha olvidado sus ofrecimientos y no le hemos vuelto á ver.

— Déjale, que él caerá, dijo German con sentencioso tono; luego volviéndose hácia la Corneja repuso:

— Continúa tus confidencias, Corneja, tengo ganas de saber qué nueva prueba de amistad nos vas á dar.

— Es el caso, que teniendo necesidad de dejar la Hosteria por una temporada, me he acordado de vosotros para que os quedéis aquí cuidando la casa y las chicas.

— ¡Hola! ¿tambiense quedan Rosa y Flor del Espino? preguntó German.

— Sí, me marchó sola.

— ¿Pero fuera de Madrid?

— No, aunque casi lo mismo; porque podré venir muy pocas veces.

— ¿Y adónde vas? dijo López.

— No te vayas tambien á convertir en una baronesa, y nos abandones como Pereival, añadió German.

— ¡Olvidaros! qué locura! solo con la muerte podrán apartarse de mi memoria las aventuras que hemos corrido juntos.

— ¡Y que no han sido pocas! ¿Te acuerdas, Cor-

neja, del robo aquel que hicimos en Paris en la rue du Temple?

— Bien presente lo tengo.

— ¡Ya lo creo! como que te han quedado en esas chicas dos recuerdos permanentes, dijo López.

— Tú las preferiste al dinero.

— Porque eran joyas de mas valor, repuso la Corneja haciendo una seña á López para que callase, pues en aquel momento Flor del Espino salia de su cuarto y se quedó parada al mirarlos.

Por casualidad oyó las últimas palabras, y cuando quiso volverse atras para continuar escuchando, era tarde; la Corneja la llamó.

— Ven aquí.

— ¿Qué me queréis?

— ¿Dónde está Rosa?

— Ha salido : la mandasteis esta mañana á hacer no sé qué compras.

— Sí, es verdad, ya me acuerdo. Entónces márchate allá fuera y cuando venga entrad las dos, que os tengo que comunicar un asunto de importancia.

La jóven salió sin decir una palabra; tendiendo en su derredor una mirada dolorosa murmuró para sus adentros :

— ¡Está de concilio con esos bandidos! ¿qué nueva maldad meditarán? No he podido apénas escuchar su conversacion, y sin embargo, sus últimas palabras me han llamado mucho la atencion; ¿si se referirian á nosotras? Yo creo que esos hombres saben el secreto de la Corneja y conocen nuestro nacimiento.

¡Ay! si fueran buenos y honrados, ya les interrogaríamos; ¡pero son tan miserables!.....

Flor del Espino se sentó cerca de la puerta de la calle, con la esperanza quizá de ver pasar á su amante, lo cual no sucedió así, porque en aquel momento Rafael de Pináres estaba detenido en su cuarto de órden de su padre.

Ninguna de las personas que se interesaban por la suerte de las jóvenes, cruzó tampoco por la estrecha y solitaria calle de Lavapiés.

Á Sebastian ya le habrán visto nuestros lectores en casa de su protector, y Cárlos hallábase agradablemente entretenido en la Castellana, acompañando á Edelmira y pintándola con los colores del entusiasmo su amor, que pudiéramos llamar ardiente, pero que solo era *interesado*.

— ¡Oh Dios mio! cuánto deseo que venga Rosa! murmuró con impaciencia Flor del Espino, asomándose á la puerta por si la distinguía en los extremos de la calle.

— ¡Cuánto tarda! dijo retirándose con desaliento. Iba á sentarse otra vez, cuando vió que Ataulfo se dirigia á la hostería. Entónces echó á correr al interior de la trastienda sin poder contener su terror.

— No quiero ver á ese hombre que ha jurado nuestra perdicion, decia la infeliz.

— ¿Dónde vas? la preguntó la Corneja.

Se disculpó lo mejor que pudo, diciendo se habia puesto mala y entró en el gabinetito que comunicaba con su cuarto.

Presa de una inquietud mortal, y no pudiendo resistir al deseo de escuchar algo de aquella conversacion tan secreta de la Corneja y sus compañeros, se deslizó en puntillas á la puerta que habia dejado entornada.

— ¡Hola! ¿Qué traes de bueno, Ataulfo? dijo la vieja viendo entrar al bandido.

— Vengo de ver á la señora, y me ha dicho que te espera á las doce.

— No faltaré ; se lo he prometido así.

— ¿Y quién se queda en la hostería con las chicas? preguntó Ataulfo.

— Estos señores, dijo la Corneja señalando á German y á López.

— ¡Sí, hé! pues no me conformo ; porque me acaba de dar orden la princesa para que las vigile y no las pierda de vista ni un momento : ¡por lo tanto, quien se queda aquí soy yo !

Ataulfo pronunció estas palabras en voz fuerte ; Flor del Espino se estremeció.

— Yo propondria una cosa, si os parece, señor Ataulfo, dijo López.

— Hablad.

— Que vos quedéis como jefe y nosotros agregados ; creo que nuestra compañía, léjos de seros molesta, os ha de ser de utilidad.

— En ese caso, corriente ; siempre que os sometáis á mis órdenes.

— Desde luego ; hace tiempo deseábamos una

alianza con el digno capitán de la partida de los *bravos*, dijo German.

— No vaciles, Ataulfo, añadió la Corneja ; estos señores son de los nuestros, y su adquisicion es muy preciosa para la compañía.

— En prueba de que quedan admitidos, hé aqui mi mano, exclamó con arrogancia el bandido.

Los otros la aceptaron, y desde aquel instante quedó entre ellos sellada una mutua alianza.

— ¿Y tú, Corneja, no volverás por aquí? preguntó Ataulfo.

— Alguna vez, no serán muchas. Os advierto no perdáis de vista á las chicas ni un minuto, y sobre todo escarmentad á esos chicuelos de Carlos y Sebastian para que no vuelvan por aquí.

— Descuida ; eso corre de mi cuenta, dijo Ataulfo atusándose con fatuidad su hermosa barba.

Flor del Espino no pudo escuchar mas ; medio ahogada por los sollozos y con el corazón oprimido, se retiró á su cuarto, donde arrojándose sobre la cama dejó correr sus lágrimas con abundancia.

— ¡ En poder de esos hombres ! exclamaba con desesperacion ; ¿ qué será de nosotras ?

En tanto que la tímida y poética niña se desesperaba, sin tener el suficiente valor para tomar una resolucion, Rosa salia del palacio de la marquesa del Rio, decidida á no volver á la hostería, sin tener una casa donde refugiarse. Recordó que una pobre mujer á quien habia socorrido un dia, la dijo que habitaba

una buhardillita en la calle de Hortaleza; se dirigió inmediatamente allá, pero no la encontró.

— ¡Dios mio! ¡qué desgracia!... exclamó. Luego, dirigiéndose al portero, le dijo:

— ¿No habria en esta casa un cuartito pequeño de poco precio, que pudiera yo habitar con una hermana mia?

— ¿Si os conviniera una buhardillita que tenemos nosotros y no nos hace falta?

— Cualquiera, siempre que yo pueda disponer de ella ahora mismo.

— Es muy pequeña y no tiene cocina.

— No importa, de todos modos me conviene.

— Y el pago serán treinta reales adelantados.

— Corriente, aquí los tenéis; dadme la llave.

— Tomad, dijo el portero mirando á la jóven con curiosidad.

Esta, sin detenerse mas, partió á escape hácia la calle de Lavapiés. No contaba con que sus fuerzas estaban agotadas, y la distancia que tenia que atravesar era inmensa.

Tuvo necesidad de sentarse en un portal, cuando acertó á pasar por allí un coche con la tablilla, *se alquila*.

— Deteneos, gritó al cochero.

Instantes despues, muellemente arrellanada en los almohadones, iba diciendo para sí:

— Aun me queda dinero de lo que me dió esta mañana la Corneja para las compras que no he pen-

sado hacer. Lo gastaremos en salvarnos y en huir de aquella infame casa.

Habia mandado al cochero detenerse en la esquina de la calle de la Magdalena. Al llegar á este punto, Rosa se apeó, y dando al auriga un napoleon, le dijo, esperadme aquí, pronto vuelvo.

Llegó á la hostería, cuando estaba terminada la conferencia de los tres bandidos y la Corneja. Esta se ocupaba en lo interior de la casa, en hacer los preparativos de marcha. German estaba en la tienda tomando posesion de su nuevo destino. López y Ataulfo habian salido.

— Buenos dias, señor German, dijo Rosa mostrándose risueña, aunque tenia oprimido el corazon; ¿cómo, estáis despachando? pues ¿y mi madre?

— Por allá dentro, querida; ya te dirán las novevades que ocurren.

— ¿Pues qué hay?

— Nada, que la Corneja se marcha, y nos quedamos en vuestra compañía Ataulfo, López y yo.

— ¿Sí, hé? me alegro mucho; exclamó Rosa riendo, voy á que me den mas pormenores de esta innovacion.

Rápida como el pensamiento, entró en el cuarto, y dijo á Flor del Espino :

— ¡Llegó la hora de abandonar esta casa!

— ¡Ah! Rosa mia!...

— Calla, todo lo sé; inmediatamente sal por la puerta de la trastienda; en la esquina de la calle de la Magdalena tengo un coche, sube en él, y espérame.

No se hizo repetir esta orden. Sin detenerse, salió

sin que nadie la viera por la puerta que comunicaba con el portal de la casa.

Rosa, después de recoger algunos objetos, á los que tenia particular cariño, la siguió. Cerró la puerta, que en su precipitacion habia dejado abierta Flor del Espino; y entrando en la tienda dijo á German con la mayor naturalidad :

— ¿No ha venido el chico?

— ¡Qué chico! dijo German con asombro al mismo tiempo que apareció la Corneja.

— ¡Toma! el que me traía la compra, ¡si venia tras de mí!

— No he visto á nadie.

— ¡Si es algun pillete, y escapa con ella! gritó la Corneja; no has debido dejarle solo.

— ¡El bribonzuelo! exclamó la jóven, fingiendo una ira que no sentia. ¡Yo le alcanzaré!

Sacando fuerzas de flaqueza y olvidándose de su cansancio, partió Rosa á escape.

Subió al coche al lado de su hermana, y dijo al cochero:

— Calle de Hortaleza, número 112; luego, volviéndose hácia esta, la abrazó diciendo: ¡estamos salvadas!...

CAPITULO XXXII.

EL CALABOZO.

Volveremos, amigo lector, á buscar al conde de Cinkar, que dejámos en el capítulo XVIII, desahogando su justísima ira en denuestos é imprecaciones contra la infame Flora.

Cuando se vió solo murmuró :

— ¡Estoy perdido! esa mujer me ha conducido aquí con fin siniestro. Ah! si piensa asesinarme no será sin que alguno caiga á mis piés.

Sacó las pistolas que llevaba ocultas en los bolsillos del gaban, las examinó detenidamente y las puso sobre la mesa. Luego tendiendo en su rededor una mirada investigadora, se cercioró de que la habitacion no tenia mas puerta que la de entrada. Tal al ménos le pareció, y al mas inteligente le hubiera sucedido lo propio.

— ¡Oh! qué feliz casualidad! exclamó al ver que la citada puerta tenia por dentro un grueso cerrojo; cierro y cuando vayan á entrar, se encuentran con

ese obstáculo ; así al ménos podré esperar mas tranquilo hasta que amanezca.

Se adelantó á echar el cerrojo, y cuando alargaba la mano para cogerle, el piso se hundió bajo sus piés, y el infeliz conde cayó por escotillon á un abismo profundo.

La violencia del golpe le hizo perder el sentido. Al volver en sí, se halló en la húmeda tierra y cercado de una oscuridad tan densa que no pudo distinguir absolutamente nada.

Levantóse con trabajo y se puso á examinar á tientas el sitio donde habia caido. El piso era arenoso y húmedo, las paredes no solo húmedas, sino brotando agua. Ningun mueble ni objeto se le interpuso, por lo que comprendió que aquel calabozo infecto era un sótano, al cual habian cerrado todas las comunicaciones y no tenia mas entrada que por la trampa practicada en el techo, tan secretamente que no era fácil distinguirla.

Con el fin de recorrerlo todo midiendo su extension, se acercó á la pared, y en un sitio donde por casualidad halló un banco de madera.

Con ánimo de no extraviarse y para que le sirviera de punto de partida, colocó en él su capa, y marchó todo alrededor examinando si por el sonido hallaba en la pared algun punto hueco.

Sus golpes fueron repetidos y continuos ; volvió una y otra vez al banco de madera, y ni un solo indicio pudo encontrar que le diese esperanza de salida.

Cansado el infeliz señor, se decidió por fin á sentarse, y á esperar tranquilo el resultado de su aventura.

— Es imposible, decia, que esa mujer, despues de estar disfrutando todas mis riquezas, quiera dejarme morir en este calabozo. Yo la supongo muy mala, muy artificiosa, y capaz de todos los sacrificios imaginables por conservar su posicion; ¡pero un crimen!... ¡Dios mio!... ¡será posible que haya tal depravacion en su alma!... Oh! no puede ser... Me arrojará por esa trampa la comida, y me tendrá aquí todo el tiempo que la plazca; ¡mas luego saldré!...

Quedó un rato pensativo; despues dijo :

— Tambien Ruderico que me vió entrar en la casa, y no me ha visto salir, me buscará y sus esfuerzos no serán inútiles; pues al no encontrarme en mi casa dará parte á la autoridad. ¡Si tal sucede, esa princesa usurpadora lo ha de pasar muy mal!... ¡Ay de ella si un dia cae en mi poder!...

Embebido el noble italiano en sus reflexiones, no calculó el tiempo que habia trascurrido desde que cayó al sótano, hasta el momento en que sus ojos percibieron brillar como un relámpago una luz; sintió sobre su cabeza el ruido de una trampa, luego el de dos cuerpos que caen en tierra desde lo alto, ¡y por último un doble grito de aquellas nuevas víctimas!...

La trampa se cerró instantáneamente. Todo volvió á quedar en la mas completa oscuridad.

— ¡Ay, señor Liborio! nos ha matado esa infame!...

exclamó una voz de mujer entre acongojada y llorosa.

— ¿Os habéis hecho daño? preguntó Ruderico levantándose y procurando acercarse al sitio donde habia caído la jorobada.

El conde, que escuchaba con la mayor atención, reconoció la voz de su criado y exclamó :

— ¡ Ruderico ! ¿ tú también aquí ?

— ¿ Quién pronuncia mi nombre ? dijo el joven desconociendo la voz de su amo acaso porque pronunció las últimas palabras con dolorosa emoción.

— ¿ Quién pudiera pronunciarle en este calabozo, sino tu infeliz amo ?

— ¡ Ah ! señor, ¿ sois vos ?

Atraídos por el sonido de su voz, fueron acercándose el uno al otro ; y ya estaban estrechándose entre sus brazos cuando el conde exclamó :

— ¡ Ah, mi fiel Ruderico ! ¡ te arrastro en mi perdición, y ambos vamos á sucumbir en este sombrío encierro !...

— Confiemos, señor, en la bondad del Omnipotente, él nos sacará á puerto de salvación.

— Tienes razón : toda alma cristiana halla su consuelo en Dios, y en las tribulaciones de la vida su sacrosanta religion anima y sostiene nuestro vacilante espíritu.

— Sabed que no estamos solos ; una infeliz mujer va á ser nuestra compañera de aislamiento.

— Es verdad que he oído su voz ; ¿ quién es la desdichada ?

— Bien hacéis en llamarme desdichada, exclamó

en congojoso tono doña Tecla; ya merecía este nombre ántes de caer aquí, y ahora con doble motivo.

— Pero, ¿quién sois?

— Levantadme por favor y os lo diré: no puedo moverme, siento un dolor agudísimo en una pierna.

— Aquí hay un banco, dijo el conde, sentémosla en él.

Hiciéronlo así efectivamente, y mientras se verificaba la traslación, no dejó de lanzar los mas doloridos lamentos la mal pararada doña Tecla, ya por el dolor que sintiese á consecuencia de la caída, ó por excitar la compasión del conde á quien suponía irritado contra ella por no haber cuidado á su hijo con la solicitud que merecía.

— Pero, Ruderico, exclamó el conde, ¿cómo habéis caído también bajo las garras de esa malvada mujer? ¡Yo que contaba con tu apoyo para salir de este infernal abismo!...

— La fatalidad, señor. Hé aquí lo cierto del caso.

El jóven refirió á su amo cuanto le habia ocurrido desde que salió del palacio siguiéndole, sin ocultarle el nombre de la jorobada y el descubrimiento que hizo de ser ella la que se encargó del niño Arturo. Cuando llegó á este interesante párrafo, el conde no pudo contener su impaciencia y exclamó:

— ¿Y qué hicisteis de mi hijo?

— Escuchad hasta el fin; vuestro criado os lo dirá, repuso doña Tecla, temblando como una azogada.

— Á vos os lo entregué; vos me daréis cuenta de él, ó pereceréis á mis manos.

— Piedad, señor conde, ignoro su paradero y soy inocente; perdonadme por compasion; no supongáis nunca que he obrado de mala fe.

— ¡Pero mi hijo!... mi hijo! dame mi hijo y te perdono; ¡es lo único que me resta de la mujer adorada que unió su suerte á la mia, y lo he perdido!

El pobre conde, que hacia horas estaba sufriendo horriblemente, prorumpió en gemidos ahogados. Estuvo mucho tiempo como un loco, la fuerza del dolor le cortó el uso de la palabra y se dejó caer en tierra, apoyando la cabeza en el banco que ocupaba la jorobada.

— ¡Dios mio! qué congojosa situacion es la nuestra! murmuró Ruderico; ¡y sin tener una luz por débil que fuese que iluminara nuestros rostros!

— ¿No tenéis fósforos? se atrevió á preguntar doña Tecla.

— ¡Y no me acordaba!... sí que los debo tener.

El jóven buscó la caja y halló tambien en su bolsillo un cabo de vela, que se guardó por casualidad cuando fué á buscar al conde á su casa con el objeto de alumbrarse al subir despues la escalera secreta del palacio.

En un momento estuvo encendido.

— ¡Ya hay luz! animaos, señor, y procuraremos salvarnos, que aun nos queda el placer de la venganza, dijo Ruderico acercándose á su amo y procurando levantarle.

— ¡Es verdad! murmuró con acento sombrío.

Venganza, y cumplida, que la tomaré de esa usurpadora infame.

— No podemos perder tiempo ; ántes que se concluya este pedazo de vela reconozcamos el sitio en que nos hallamos.

Haciendo un esfuerzo supremo se levantó el infeliz, y siguiendo á su criado examinaron el sótano con la mas escrupulosa atencion.

Era una pieza cuadrada, bastante grande, rodeada de paredes sin blanquear y al parecer sólidas. Ninguna señal vieron de puerta ni ventana, ni en el techo pudieron distinguir la trampa por donde habian caido ; imaginábanse estaria cerca del banco, pero la altura del techo y por otra parte el escaco resplandor de la luz, les impedia verla.

— Cansados de sus inútiles investigaciones y sin esperanza de salvacion, se dejaron caer con desaliento en el banco.

La jorobada mas cobarde que ellos, rompió á llorar amargamente.

— ¡ Ay ! yo no espero compasion de las entrañas de ese tigre, decia la infeliz. Nos ha arrojado aquí para que perezcamos de hambre.

— ¡ Será posible que abrigue tal maldad el corazon humano ! dijo el conde.

— ¡ Todo cabe en el de la princesa ! repuso Ruderico con sombrío acento, dejando ver en su rostro las huellas de su terror.

— Solo sentiré morir sin haber abrazado á mi Arturo, exclamó el conde postrando una rodilla en

tierra y elevando sus manos en actitud de súplica. Oh! Dios omnipotente, si tu voluntad es que yo sufra este pesar tan amargo, héme aquí sometido humildemente á tus órdenes soberanas.

Doña Tecla imitando al conde tambien se arrodilló; pero su súplica mas bien fué de peticion.

— ¡Oh! Virgen santisima, amparadnos; yo no quiero morir en las tinieblas, ni en este infecto calabozo, deseo ver siquiera una vez la espléndida luz del sol. Salvadnos, Virgen María, sálvanos!!!...

Ruderico por su parte, despues de dirigir una tristisima mirada á la vela que lanzaba sus últimos resplandores, exclamó :

— La horrible oscuridad nos cercará bien pronto. ¡ Señor, Señor! Dios de justicia y de bondad, iluminad nuestra alma con un rayo de esperanza, ya que nuestros ojos no puedan ver la luz.

La casi consumida vela, empezó á lanzar sus últimos resplandores.

— ¡ Dios mio! otra vez nos quedamos á oscuras! qué angustia, exclamó la jorobada!

El conde y Ruderico se miraron con terror, exhalando su pena en un profundo suspiro.

La vela se apagó del todo.

Un triple grito se escapó de los labios de los infelices; los tres repitieron :

— ¡ Solo del cielo esperamos salvacion!

CAPÍTULO XXXIII

EL BARON Y LA BARONESA.

En el palacio de Pereival se agitaban los criados desde muy temprano, haciendo grandes preparativos para la espléndida fiesta que debia tener lugar en celebridad de la llegada de la baronesa, á quien esperaba la tarde del mismo dia.

Pereival, que desde su ascension á tan elevada categoría, se daba un trato de rey, no se habia levantado aun, sin embargo de que los magníficos relojes que por doquiera se veían en su palacio acababan de marcar las nueve y média.

Al parecer, dormía tranquilamente ; tal se lo imaginaban los criados, que tenían orden de no interrumpir el sueño de su señor, ni entrar en su gabinete hasta que él se dignase llamar.

Desde la misma portería empezaba á respirarse una atmósfera de elegancia y buen tono ; alfombras en la escalera, á los costados plantas, flores, arbustos

y preciosas macetas de yerbas aromáticas que exhalaran un olor delicioso.

Hermosísimas galerías de pinturas con balaustradas al jardín ocupaban el ala derecha del edificio, donde estaban las habitaciones de Pereival, decoradas con una magnificencia régia. Á la izquierda y despues de pasar un salon inmenso, destinado para bailes y recepciones, se hallaban las que debia ocupar la baronesa; en las que se advierta mas lujo aun y mas riquezas que en el palacio de Florini.

Todo esto era en el piso principal; en el bajo, hallábanse situadas las oficinas, la mayordomia, tesorería y un despacho que Pereival se habia reservado para sí, donde no faltaban arcas con multitud de secretos, y por lo cual se suponía desde luego que encerraban en él sus tesoros.

Empero, volvamos otra vez, amigo lector, á subir la escalera; atravesando las galerías y varias habitaciones, entraremos en una salita con chimenea francesa; allí esperaban dos ayudas de cámara y el secretario á que se abriese la puerta que medio oculta entre colgaduras de riquísima seda con fleco de oro, se veía á la derecha de la sala. Era la que daba paso al dormitorio de Pereival.

Nosotros que tenemos la facultad de introducirnos en todas partes sin que nadie nos estorbe, entraremos á observar lo que ocurre en aquella habitacion tan reservada para los demas.

Los criados del palacio suponían solo y aun acostado á su amo, y sin embargo, no era así. Estaba

medio envuelto en una elegante bata, y sentado cerca de la chimenea; en una butaca próxima se hallaba su dignísima esposa, Flora del Palancar, por otro nombre princesa de Florini, y en aquella misma tarde aumentaría á estos el de baronesa de Pereival.

Vestia un traje de mañana, de merino blanco; sobre la butaca se veía un abrigo de pieles; se conoce que para llegar al cuarto de su esposo, necesitaba atravesar algunos corredores bastante frios, y sumamente oscuros.

La puerta secreta practicada á un lado de la chimenea, la ocultaba generalmente un cuadro, pero en el momento de penetrar nosotros en el gabinete, hallábase abierta, dejando ver un pasadizo largo y estrecho.

Flora se sentó al lado de su esposo, sin cuidarse de cerrarla; este la preguntó :

— ¿Estaremos seguros, aunque esa puerta permanezca así?

— Seguros, sí; cómodos no, pues entra por aquí un vientecillo demasiado fresco, dijo Flora levantándose á cerrarla.

— ¿Y cómo habéis podido tener, en este palacio y en el otro, tantas comunicaciones secretas sin que nadie lo sepa mas que vos?

— Muy fácilmente. Cuando vine á establecerme á la corte, compré toda esta manzana de casas, y la de la espalda, que tienen entrada por la calle del Sordo; hice venir un maestro del mismo Paris, despues de estar construidos ambos palacios, y en poco tiempo



quedaron hechas las comunicaciones que habéis visto y otras que aun ignoráis. Pagué con esplendidez su trabajo, mucho mas su silencio, con lo cual se marchó alegre y satisfecho, dejándome á mi contentísima con su obra.

— Podéis estarlo, pues con la mayor facilidad puede uno ocultarse, y ejecutar toda clase de transformaciones, sin que ni aun los criados conciban la menor sospecha.

— Ya lo creo : como la que yo voy á obrar en estos dias, en los cuales apareceré en un palacio como princesa de Florini, y en otro como baronesa de Pereival.

— Temo si llega á descubrirse nos pongamos completamente en ridículo.

— ¡Deponed todo temor; sé disfrazarme de una manera tan perfecta, que será imposible sospechen el enredo. Desde luego de baronesa aparentaré mas edad, algo encorvada hácia adelante, de estatura mas corta que princesa, y con los cabellos negros entre los que brillarán algunas hebras de plata.

— ¡Sois el diablo ! siempre habéis tenido un talento brillantísimo ; no puedo ménos de admiraros como á una mujer superior.

— Hablemos de otra cosa ; he mandado llamar á esos dos íntimos amigos y compañeros vuestros, para acallar su justo enojo, por el olvido en que han quedado. Tenéis muy poca prevision, desde luego habéis debido traerlos con vos, y comprar su silencio. Saben todos vuestros secretos ; el lazo que os une á la prin-

cesa de Florini, y basta esto para perdernos, si no se les hace callar á fuerza de oro.

— ¡Estoy tan cansado de ellos!... si supierais lo que son... tan insolentes... tan osados, y dispuestos á toda clase de crímenes por satisfacer sus caprichos.

— ¿Y si no hay otro remedio? y ademas necesitamos personas que nos presten su cooperacion, y para esto tenemos que declararles sin rebozo nuestra situacion; nadie mejor que ellos que ya la saben; les halagamos haciendo confianza y aprovechando sus servicios en provecho de la empresa que llevamos adelante.

— Explicadme vuestro plan.

— Héle aquí: Mi posicion de princesa no puede prolongarse mucho tiempo, puesto que ya el esposo de la legítima poseedora de este título me ha reconocido, y tiene un hijo cuyo paradero no he podido averiguar. Aunque yo consiga asegurar al conde, no le faltarán amigos, que sabrán por él mi secreto, y tarde ó temprano consigan mi perdicion, ya ellos, ó ya ese mismo niño que aparezca cuando ménos lo pensemos.

En esta posicion tan insegura, no puedo permanecer mucho tiempo en un puesto; necesito alejarme de Madrid, volver al extranjero, lo cual no me hace gracia; quiero habitar en mi patria, quiero vivir como española y volver á relacionarme con mis parientes y los amigos de mi juventud. Queda conseguido mi intento apareciendo en el mundo como la baronesa de Pereival, que vuelve de un largo viaje de América,

donde su esposo ha hecho una fortuna espléndida.

De este modo, Flora del Palancar se vengará de sus enemigos, y les hará ver que aun tiene poder, fausto y riquezas, para deslumbrarlos y ser el astro de las cortesanas; probándoles que no la redujeron á la impotencia, al hundirla en una miserable buhardilla, y solo consiguieron despertar en su alma el odio y el deseo de venganza.

Quiero, en fin, apoderarme del título de mis padres que me pertenece de derecho, y que hoy disfruta esa chicuela orgullosa, hija y nieta de unas miserables mendigas. No me basta el título de baronesa que debo á mis riquezas; deseo, ambiciono con toda mi alma el ilustre, el antiquísimo de mis progenitores, y no descansaré derramando hasta la última gota de sangre, si es preciso, por conseguir el de condesa del Palancar.

Ya sabéis mi pensamiento; ahora ayudadme á llevarle á cabo. Por de pronto, esta tarde salís en un carruaje á esperarme. Vengo acompañada de vuestros amigos German y López, que figurarán ser mi mayordomo y secretario. Me instalo en este palacio, se hacen grandes fiestas por mi llegada, y convidamos á toda la grandeza española, siendo los primeros los marqueses de Pináres con su hijo, la condesita del Palancar, con la cual estrecharé mis relaciones por ser parienta tan cercana. También haremos venir á la marquesa del Rio, con su cuñada; lástima que el imbécil Enrique Simon no pueda presenciar mi triunfo.

Pereival se estremeció al escuchar este nombre, y

volvió la cabeza para que su esposa no conociera la alteracion de su semblante.

Flora iba á continuar hablando, cuando sintió un sonido metálico, muy lejano y que debió ser una señal, porque levantándose dijo :

— Me llaman; adios.

— ¿Os vais sin decirme ni una palabra de Edelmira?

— Ya os diré la suerte que la reservo.

— ¿Quedaré cerca de nosotros?

— Si lo queréis, desde luego.

— Es mi único deseo. Su presencia es mi alegría, y eso que solo me permitis verla de léjos.

— Las circunstancias lo exigen así.

— Por eso me resigno; pero aguardo con ansia el dia que me habéis prometido.

— ¡Oh! sí, tenedlo por seguro. Llegará el momento en que la diré: « Aquí tienes á tu padre. »

— ¡Cuánto ambiciono escuchar de su boca tan dulce nombre!!...

— No tardaréis en tener esa satisfaccion.

Flora ya tenia abierta la puerta de comunicacion. Hizo con la mano un signo de despedida, y colocándose el abrigo en los hombros se deslizó como una sombra por el largo pasillo, que á cierta distancia se dividia en dos, conduciendo, el de la izquierda al palacio de Florini, y el de la derecha á las habitaciones de la casita misteriosa de la calle del Sordo. Siguió por este último, encontrándose á poco en la sala de los retratos que ya conocen nuestros lectores.

No habia nadie en ella, pero apenas tocó en un timbre, se presentó la Corneja.

— ¿ Me habéis llamado ? dijo Flora.

— Me advirtió V. E. que lo hiciera así.

— Cuando vinieran los sugetos que os mandé llamar esta mañana.

— Ya esperan vuestras órdenes.

— Bien, que pasen.

La vieja salió y la elegante dama ocupó una butaca, preparándose á recibirlos.

Instantes despues, estaban en su presencia German y López.

CAPÍTULO XXXIV.

NUEVOS CÓMPLICES.

Los antiguos compañeros de Pereival, que habian sido llamados en nombre de este, se quedaron confusos mirándose el uno al otro cuando se vieron delante de una elegantísima dama á quien no conocian.

Flora, advirtiendo su embarazo, se apresuró á decirles :

— Yo soy la princesa de Florini ; vosotros me conocéis como esposa del baron de Pereival, ¿ no es cierto ?

— Asi nos lo ha dicho don Heraclio, dijo German inclinándose respetuosamente y mirando con recelo á la señora, que les habló con mucha dignidad y modales aristocráticos.

— No os ha engañado ; esto me prueba que al confiaros un secreto de tanta importancia, sois íntimos amigos y abriga una plena seguridad de que nunca lo descubriréis.

— No solamente hemos sido íntimos amigos, sino

compañeros inseparables durante nuestra emigracion al extranjero y por último á Ultramar.

— Y por qué decís *hemos sido* en lugar de decir *somos*? ¿no contáis ya con su amistad?

— Sí, señora; aunque, á decir verdad, sospechamos nos ha olvidado desde su salvacion, dijo López, que, algo mas franco que German, no pudo callar su resentimiento.

— Mal le juzgáis. Desde el primer dia que me vió, sé que se halla animado de los mejores sentimientos hácia sus compañeros de infortunio, y que su único anhelo es protegeros y hacer que volváis á brillar en la sociedad como en mejores dias.

— ¡Como no le hemos vuelto á ver !..... tartamudeó confuso López, arrepentido ya de su franqueza.

— Porque yo me encargué de cumplir sus deseos, y mis ocupaciones no me han permitido hasta hoy ocuparme de este asunto.

— Mil gracias, señora; contad con nuestro eterno agradecimiento y dispensadnos si en un momento de ofuscacion hemos podido dudar del digno amigo que por espacio de diez y siete años nos ha tratado con la fraternidad mas cariñosa.

— Bien, amigos míos; no hay nada que dispensar, ni os figuréis siquiera que por una leve sospecha haya de alterarse una amistad de tantos años. Ahora decidme en qué os puedo ser útil, tengo riquezas y grandes influencias, unas y otras os ofrezco en nombre de mi esposo.

— Señora, solo anhelamos ser libres, y no temer

las persecuciones de la justicia, repuso German.

— Eso ya lo tenéis. Unida vuestra causa á la de mi esposo, al obtener la libertad para él, conseguí la vuestra, y podéis, sin temor ninguno, presentaros en todas partes; pero yo quiero que lo hagáis cual corresponde á las familias distinguidas de que sois descendientes, por lo cual os ofrezco mis riquezas y mis influencias para que adquiriendo un destino lucrativo y honroso podáis crearos una buena posicion social.

— Por todo damos mil gracias á nuestro querido amigo, pero no podemos aceptar.

—¿Y cuál es la causa de esa repulsa que nos agravia? Los dos amigos callaron. La princesa continuó:

— El silencio no es respuesta; ved que aguardo me dejéis satisfecha, ó de lo contrario me mostraré ofendida.

— Sentiríamos en el alma merecer vuestro desagrado.

— Decidme, pues, con franqueza, por qué no admitis nuestra proteccion.

— Porque al hacernos esa oferta, quebranta Pereival un juramento que nos prestámos mutuamente hace muchos años.

—¿Y cuál es?

— El de no separarnos y vivir siempre como hermanos.

— Tambien su deseo seria ese; pero ha creido os convendria mejor adquirir una posicion independiente.

— Solo queremos su eterna amistad y su cariño,

dijo German creyendo de este modo sacar mejor partido. López que comprendió la idea de su compañero se apresuró á añadir :

— ¡ Oh ! sí ; vivir á su lado y complacerle en todo, sería para nosotros la mayor fortuna.

— Bien ; puesto que vuestra voluntad es esa, contad con los primeros destinos de mi casa ; ¿ aceptáis ?

— Si en ella habita Pereival, desde luego.

— Escuchad nuestro proyecto. Como podéis comprender, amo á Heraclio como á un esposo tiernísimo ; separados tantos años, ha venido á reunirnos la casualidad cuando yo, siendo princesa de Florini, no puedo reconocerle por esposo sin perder el título y los estados de este nombre.

Con objetos de vivir juntos y conciliar todos los extremos, se me ha ocurrido hacer que desaparezca la princesa pretextando sale de Madrid á viajar de incógnito, y al propio tiempo aparezca en casa de Pereival su esposa la baronesa que acaba de llegar de Francia.

— ¡ Magnífico plan ! exclamaron los dos amigos.

— Y si os parece, aumentaremos una cosa. Llegarán en compañía de la baronesa, su mayordomo, y su secretario particular, jefes ambos de la casa de Pereival.

— No es mala idea.

— Y esos personajes, que disfrutarán una gran renta, aposento y mesa junto al baron, y parte en las ganancias que proporcione mi capital, serán los íntimos amigos de mi esposo, don German Pérez y don

Anselmo López, los que tambien nos han acompañado durante nuestra emigracion, porque el vulgo debe creer que yo no me he separado de mi esposo. ¿Estáis conformes?

— Sí, señora, disponed como gustéis de nuestra inutilidad; aceptamos esos cargos dándoos infinitas gracias, y esperamos ocasion para mostrar con pruebas evidentes nuestra viva gratitud.

— Entónces, convenidos. Ya conocéis el plan, voy á daros detalles para su realizacion.

La princesa se levantó, y tomando de un cajoncito una cartera con billetes de banco, volvió á sentarse y dijo:

— Es necesario que para esta tarde á las cinco, lo mas, me tengáis preparada una silla de pósta, llena de polvo como si viniera de Francia. En esta casa estarán los equipajes, que ha de suponerse traigo, se trasladan á ella con los vuestros, que cuidaréis sean elegantes, segun el alto puesto que vais á desempeñar. Montamos los tres en ella, y nos vamos dando la vuelta por los afueras hasta entrar por la carretera de Francia, donde encontraremos á mi esposo que sale á recibirme acompañado de varios amigos. ¿Habéis comprendido mi idea?

— Perfectamente. Fiad en nuestra discrecion, que todo saldrá á medida de vuestro deseo.

— Quedo tranquila, y cuento tambien con la reserva de los criados que guiarán el carruaje.

— Serán de toda mi confianza, y respondo de su silencio, dijo German.

— Bien; aquí tenéis dinero para los gastos indispensables, y para vuestro equipo.

— Yo lo recibiré como mayordomo que soy, dijo German guardándose la cartera; el cargo de secretario es mas á propósito para López, porque su instruccion es mayor que la mia y porque tiene una letra preciosa.

López calló, aunque no quedó muy contento con la disposicion de su amigo.

Flora con una ojeada examinó la fisonomia de sus nuevos cómplices; y comprendiendo al punto que la ambicion y el egoísmo fermentaban en aquellos corazones envilecidos, tembló un momento y dijo para sí:

— ¡Estos hombres son unos miserables! ¡ay de mí! ¡si por huir de un abismo caeré en otro mayor!...

Sin que reflejase en su rostro el sombrío pensamiento que surcó su enardecida frente, hizo un esfuerzo por sonreir y con la mayor amabilidad los despidió, recomendándoles la exactitud en el encargo que acababa de fiar á su discrecion.

La Corneja, mucho mas astuta que la infeliz doña Tecla, estuvo escuchando detras de la puerta la conversacion de Flora con sus nuevos amigos, y al salir estos les dijo :

— Hasta luego, camaradas.

— Adios, Corneja; ¿quieres algo? la preguntó López.

— Solo reclamo mi parte en el botin.

— ¡Tu parte! exclamó German con asombro.

— Sí, porque la fortuna que hoy habéis encontrado, me la debéis á mí.

— ¿Cómo á ti?

— Nada mas cierto. Pereival no se acordaba para nada de vosotros, y yo manifesté á la princesa vuestro resentimiento y las relaciones que os han unido por espacio de tantos años, y al momento me prometió reparar lo que ella llamaba torpeza de su esposo, y lo ha hecho mas bien temiendo vuestra venganza por estar en los secretos de su vida, que solo con divulgarlos la perdiais. Este ha sido, pues, el único móvil de su conducta y la causa de vuestra elevacion.

— Me alegro saberlo, dijo López; así estamos libres del agradecimiento y podemos sin que nos recuerde la conciencia entregarnos á saquear sus arcas.

— Por eso reclamo mi parte, repuso la Corneja.

— La tendrás, contestó German.

— ¡Allá veremos! exclamó la vieja con desconfianza. No me fio mucho en vuestras promesas, porque en Paris me abandonasteis inhumanamente, y si no es por las chicas que pedian limosna para mí, hubiera muerto de hambre.

— Entónces estábamos en decadencia; ahora estamos en tiempos de bonanza y no te olvidaremos. Adios.

Sin querer escuchar mas, partieron á escape frotándose las manos con satisfaccion.

CAPÍTULO XXXV.

SOSPECHAS.

Nuestros amables lectores recordarán al sereno de la calle del Sordo, á quien Ruderico en un acto de desprendimiento regaló el magnífico reloj que llevaba puesto, en pago del servicio que aquella noche exigió del pobre vigilante y que tan mal desempeñó, aunque no fué culpa suya que una mujer sagaz y poderosa burlase su vigilancia y el justo rigor de la autoridad.

Pues bien, á este sereno, que se llamaba Pedro, le distinguían sus compañeros con el apodo de Barrigon, á causa sin duda de su extremada obesidad, la cual no le impedía ser un valiente y desempeñar con el mayor celo su obligacion.

Á los dos dias de las escenas que acabámos de referir en el capítulo anterior, y cuando ya la baronesa de Pereival se habia instalado en su palacio celebrándolo con una magnífica fiesta, á la que concurrió mucha parte de la grandeza española, estaba Pedro el Bar-

rigon disponiéndose á salir á su ronda nocturna. Se despidió de su cara mitad, y bajando los ciento y tantos escalones que separaba de la calle su modesta vivienda, se dirigió á desempeñar su cometido.

Serian las nueve de la noche, cuando al pasar por la calle de Alcalá le llamó la atencion el inmenso número de lujosísimos carruajes que se agrupaban á las inmediaciones del palacio de Florini. Aunque comprendió desde luego que la princesa tenia recepcion aquella noche, se le ocurrió preguntar á uno de los lacayos, conocido suyo :

— ¿Qué hay, Santiago, estáis de fiesta?

— Sí, Barrigon, y magnífica por cierto ; se marcha la princesa y esta noche tiene su recepcion de despedida.

— ¿Se marcha, y para dónde?

— Lo ignoramos. Ya tiene preparada su silla de posta, y solo la acompañan dos criados, que vinieron con ella de Italia, los demas, todos estamos despedidos. La señorita Edelmira ya ha salido esta tarde con su aya y su doncella.

— ¿Y quién queda en el palacio ?

— Nadie, completamente cerrado.

— Es extraño ; y no sabes adónde va ?

— Nunca en sus marchas dice la direccion que toma, ni nadie sabe el punto de su residencia hasta que á ella le acomoda decirlo.

— Es una mujer muy singular.

— Muchísimo ; tiene caprichos que no se comprenden. ¿ Á quién sino á ella se le ocurre marcharse des-

pues de una noche de fiesta, en que deberá estar fatigada? Pero no le importa; ella nunca duerme de noche; mientras los demas se entregan al descanso, se encierra y nadie puede entrar, y otras veces coge una vela y se va recorriendo toda la casa.

— ¿Qué rareza!

— Ahora estoy seguro, que á las dos ó las tres de la mañana, se despide de sus convidados como si se fuera á acostar, y en vez de irse á la cama, pide el coche, y escapa como un relámpago por esos caminos, sin que se sepa dónde irá á parar.

Á todo el mundo ha dicho que no se marchará en algunos dias, pero yo sé que lo tiene dispuesto para esta noche, porque la silla de posta está enganchada esperando sus órdenes, y preparada ya con los equipajes y todo lo necesario.

— Misterios que solo ella comprenderá.

— Tienes razon, Pedro; ¿y tú ya vas cargado con el chuzo y el farol á desempeñar tu puesto?

— Sí, camarada, quiéres algo?

— Nada, chico; gracias: que pases buena noche.

— Y fresca, contestó el sereno, alejándose hacia la calle del Turco para dar la vuelta á la del Sordo.

Se puso á pasear por la acera y despues de un gran rato se detuvo á la puerta de una tienda, que precisamente estaba contigua á la casita misteriosa.

— Buenas noches, dijo á la tendera.

— Felices, señor Pedro, contestó esta que era una asturiana rolliza y mofletuda.

— ¿Qué tal va en la nueva casa? preguntó el sereno;

¿os gustan mas estos barrios que los que habéis dejado?

— ¡Ay! no señor; os confieso francamente que estoy muerta de miedo en esta casa.

— ¿Miedo, y de qué? Yo no me aparto en toda la noche de la calle.

— Sí, pero eso no impide los continuos ruidos que sentimos en la cueva. No podemos sosegar ninguna noche, ni aun de día : baja muchas veces el muchacho, y sube pálido como un muerto, asegurando que oye gritos y gemidos. Yo le creo, porque los oigo tambien muchas veces ; pero mi marido nos trata de locos y visionarios, sin dar asenso á nuestras palabras.

— ¡Es extraño! informaos no sea algun enfermo de la vecindad.

— ¡Quiá! si no tenemos por este lado vecinos, y es de donde viene el ruido.

— Es verdad que esta casa pertenece á la princesa de Florini.

— Y no debe habitarla nadie, porque nunca vemos entrar ni salir gentes, y todas las ventanas, hasta las que caen al patio, están cerradas como castillos.

El sereno se quedó un rato pensativo, se despidió de la tendera prometiendo volveria pronto y encargándola le avisase al instante que sintiese el menor ruido.

Se acercó á la casa misteriosa y llamó resueltamente tres ó cuatro veces. Nadie le contestó.

— ¡ Ah! murmuró apoyándose en el quicio de la puerta, aquella artificiosa jorobada, que tan bien supo engañar al celador, no me engañó á mí. En esta

casa hay misterio y yo he de descubrirle. El conde y su generoso criado no salieron de aquí, y acaso estén encerrados en algun subterráneo y esos serán los ruidos que oyen en la tienda.

Sin poder desechar este pensamiento el agradecido sereno, que no se le olvidaba ni un minuto Ruderico, empezó á pasear con agitacion combinando en su mente los medios de que se valdria para averiguar la certeza de las sospechas que habia empezado á concebir.

Quiso avisar al celador, pero recordaba la escena pasada en que tan mal quedó, sufriendo ademas una reprimenda, y esta idea le detuvo; por otra parte decia:

— ¡ Y no hay tiempo que perder ! si es verdad que son ellos, deben llevar lo ménos cuatro dias encerrados, y si no han tenido alimento, acaso los encontremos cadáveres y el remedio sea tardío é inútil.

Con la angustia y la zozobra pintadas en su semblantè volvió á la tienda y dijo á la dueña :

— ¿ No se ha oido nada ?

— Aquí, no señor; donde se oye es bajando á la cueva en el silencio de la noche.

— ¿ Y me permitiréis que baje yo mismo á escuchar ?

— Con mucho gusto.

— No la hagáis caso, señor Pedro, dijo el marido de la tendera, terciando en la conversacion. Estas mujeres son unas miedosas que hasta en sombra juzgan á veces ver duendes ó aparecidos.

— Tú eres un incrédulo, y es porque no lo has oido como nosotros ; preguntále á Juan.

— Sí, señor, contestó el chico. Lo juraría si necesario fuese. Suenan gritos, lamentos, y fuertes golpes en la pared como si quisieran romper el tabique.

— Yo no he sentido nada, añadió el tendero.

— Porque tienes un sueño tan pesado, que no te despertarias aunque oyese cerca de ti el estampido de un cañonazo, dijo su mujer.

— ¿Y hace mucho sentís ese ruido? preguntó el sereno.

— Tres ó cuatro dias lo mas.

Al escuchar esto, ya no le quedó duda, sus sospechas tenian apariencias de realidad.

— Ea, dadme una luz; quiero convencerme por mis propios ojos.

— Yo os acompañaré, dijo el tendero abriendo la puerta de la cueva y tomando una luz de encima de la mesa.

— Esperad, repuso el sereno; por si acaso, bueno será llevar testigos, no nos acusen de visionarios.

— Salió á la calle y dando un silbido aparecieron á poco cuatro ó cinco serenos.

— ¿Qué hay? preguntaron.

— Ahoránada; pero puede haber mucho y reclamo vuestra presencia; acompañadnos.

Bajaron todos, no siendo de los últimos la tendera, pues como mujer, tenia curiosidad, y no se acordaba del miedo con tan buena compañía.

— ¿Hacia qué lado se oyen los golpes? preguntó Barrigon al chico.

— Por aquí; y señaló á la pared medianera de la casa misteriosa.

Aplicaron el oído, y no se percibió absolutamente nada.

— Aunque estemos aquí toda la noche será igual, dijo el tendero. Bien digo yo, que son cosas de mujeres y chiquillos.

— Probaremos otro medio; dadme un martillo, repuso Pedro, dejando en el suelo el chuzo y el farol.

El chico se lo dió, y por intervalos empezó á dar fuertes golpes, deteniéndose de vez en cuando.

— ¡Calla! exclamó la tendera, á cuyo experimentado oído no se escapó un débil gemido que sonó al otro lado de la pared.

El silencio mas profundo reinó entre los circunstantes.

Y desde aquel momento todos con la mayor claridad oyeron gritos ahogados, lamentos, y por último el estruendo de un arma de fuego, disparada contra la pared.

— ¡Qué es esto! murmuraron unos retrocediendo.

— ¡Dios mio! dijeron la tendera y su marido temblando de miedo.

— No hay que asustarse, señores, dijo Barrigon, volviendo á dar fuertes golpes en la pared como prometiendo socorro. Luego mandó que inmediatamente se fuese á dar parte á la autoridad.

Á todo esto era ya la una de la madrugada, y primero que acudieron los encargados de la vigilancia pública, precedidos de su jefe, dieron las tres. En este

tiempo no cesaron los gritos y los golpes, á los cuales contestaba el sereno con el martillo.

No nos olvidaremos advertir que el previsor y celosísimo sereno Perico Barrigon, hizo que varios de sus compañeros guardasen la puerta de la casa misteriosa, tanto la que comunicaba con la calle del Sordo como la de la calle del Turco.

Inútil cuidado; pues si él era celoso, la princesa, sagaz en alto grado, le aventajaba en astucia y no se dejaba sorprender tan fácilmente.

Como para entrar en la casa, tenían los concurrentes á ella su modo de llamar y su contraseña, y el pobre sereno lo ignoraba, fué su brusco llamamiento de aquella noche mas bien un aviso para los habitantes, que una precaucion para él.

La Corneja asomó la cabeza por un ventanillo, y conociendo al que llamaba de aquel modo, dió la señal de alarma.

Desde aquel momento, los convidados del palacio de Florini fueron despejando los salones: todo quedó en el mayor silencio y la mas profunda oscuridad.

Los criados fueron despedidos; la Corneja salió por el palacio de Pereival, y poco despues se alejaba una silla de posta á buen paso por el camino de Valencia.

En tanto, Flora del Palancar, cuando se hubo asegurado que no corria peligro ninguno, cerró por sí misma todas las puertas de su palacio y las comunicaciones secretas que pudieran descubrirla; cuando

ya estuvo segura de su triunfo, hizo girar el retrato colocado en su gabinete con tanto artificio, y pasando por el hueco que apareció detras, se dirigió al dormitorio de su esposo en la casa contigua.

Mientras los serenos continuaban sus investigaciones y la silla de posta se alejaba, Flora celebraba su triunfo con una opípara cena.

CAPÍTULO XXXVI

HIJO Y MADRE.

Ya es hora que volvamos al palacio de Pináres ; dejámos á la marquesa y á Honorata tristes é inquietas por la ausencia de Rafael, y á Rogelio irritado contra su hijo porque no se presentaba á la hora de la comida.

— Cuando venga, que espere mis órdenes en su cuarto, habia dicho el marqués con severidad.

Pasaron algunas horas y Rafael no pareció.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuraba la marquesa. ¡Qué va á ser de ese hijo si se acostumbra á las intrigas y la seduccion cortesana! ¡Él, que nunca ha salido de nuestros hermosos valles de Pináres y no conoce la falsía ni el engaño!...

La tiernísima madre, sola en su gabinete, se entregaba á la inquietud y los temores.

Oigamos sus reflexiones, que no evitaba hacer en voz alta , porque estaba segura de no ser interrumpida :

— ¡Cuán feliz he sido en mi castillo por espacio de quince años! Allí no alteraban mi tranquilidad esos anónimos infames, ni tenia enemigos que me odiasen, ni sombras que me persiguieran; mis humildes colonos me aclamaban doquiera, adorándome como á su ídolo, y aquí solo hallo disgustos, intrigas y maldades.

¡Ay! ¡en mala hora la enfermedad de mi tia nos trajo á su lado, y su raro capricho de permanecer siempre en la corte nos sujeta en ella, cuando en nuestras posesiones podíamos vivir con la envidiable paz de los ángeles!...

¡Y mi hijo! ¡y ese Rafael, ántes tan cariñoso, tan humilde!... ¡qué trasformacion ha sufrido! No le conozco. ¡Se ha vuelto reservado, meditabundo y sombrío, huye las ocasiones de estar con nosotros, y pasa el dia y parte de la noche fuera de casa, sin que sepamos dónde va, ni quién encamina sus pasos!... ¡Oh! yo debo saberlo, preveo un abismo á sus piés, y ántes que se precipite, quiero evitarlo con la dulzura y el inmenso amor que arde en mi corazon por ese hijo de mis entrañas. Sí, sí, debo verle ántes que su padre; porque mi Rogelio es muy bueno, pero tiene mucha firmeza, un carácter inflexible, y empleará el rigor y los castigos ántes que la blandura y los halagos, y yo que estoy en medio de los dos, debo evitar entre el padre y el hijo un rompimiento que podria sernos funesto.

Agitada la noble marquesa por esta idea, tiró de la campanilla.

— ¿Ha llamado V. E.? dijo un criado apareciendo en la puerta del saloncito contiguo al gabinete.

— Sí; acércate.

El criado entró.

— ¿No ha venido mi hijo? preguntó con cierta inquietud la dama.

— Me parece que no; sin embargo iré á verlo si gustáis.

— Infórmate, y vuelve al momento á decírmelo.

El ayuda de cámara salió á cumplir esta orden, la marquesa mirando al reloj exclamó :

— ¡ Cerca de las diez ! ¡ si le habrá sucedido alguna cosa !... estoy agitada, me ahoga la angustia, y mientras permanezca en este infernal abismo que llaman corte, no podré tener tranquilidad.

El criado pronunció desde la puerta estas palabras :

— El señorito acaba de llegar, y está acostándose ; dice que viene algo indispuerto.

— ¿ Enfermo mi Rafael ? exclamó la marquesa levantándose y volando al cuarto de su hijo con la inquietud en el alma.

Efectivamente, Rafael triste, pálido como un cadáver, entró en su habitacion, dando orden á su ayuda de cámara para que le desnudase.

La mañana de aquel mismo dia, fué cuando Honorata le sorprendió en el Retiro, entretenido en amorosas pláticas con Flor del Espino. Le arrojó con indignacion el retrato y el anillo, ocasionando aquella escena un rompimiento que debia tener fatales consecuencias. Porque Rafael amaba á Honorata con

todo su corazón, sin que por eso dejase de amar á Flor del Espino.

Y lo que mas le aterraba era que sus padres llegasen á saber que por causa suya se habia roto un compromiso tan grave, unas relaciones empezadas en la cuna y que debian acabar en el altar ó en el sepulcro.

Durante toda la mañana su mayor deseo fué ver á Honorata : en vano lo intentó repetidas veces ; la jóven se mostró inflexible, negándose á recibirle.

Esperó á la hora del almuerzo creyendo verla en la mesa ; pero tampoco lo consiguió, porque pretextando una ligera indisposicion, se excusó de asistir.

La marquesa, que en la conducta de ambos jóvenes veía un misterio, quiso penetrarle á toda costa ; y yendo por la tarde al cuarto de Honorata, la encontró triste y enferma. Por mas esfuerzos que hizo, no pudo arrancarle el secreto de su dolor, y convenciéndose de que solo el tiempo se lo revelaria, no quiso molestarla, y la rogó únicamente la acompañase aquella tarde, á lo cual se prestó gustosa la amable y simpática Honorata. Por eso la hemos visto en el salon, cuando fué á visitarlos la marquesa del Rio, y despues en la comida, á la que no asistió Rafael.

El pobre jóven salió de su casa medio loco ; un dolor agudo le torturaba el corazón, y sin saber dónde encaminar sus pasos, ellos mismos maquinalmente y sin que entrase para nada la voluntad del adolescente, le dirigieron á la calle de Lavapiés.

La hostería estaba casi desierta, pues solo por la

noche era cuando acudian los concurrentes, atraídos por el magnífico canto de *las Sirenas de Lavapiés*. La Corneja también se hallaba fuera de casa, por cuya feliz casualidad pudo Rafael ver sin testigos ni trabas de ninguna especie á su adorada Flor del Espino. Esta apuró todos los recursos de su imaginación, expuso todas sus gracias, sus encantos y el irresistible atractivo de la música y la poesía. Acompañándose en el arpa, cantó dulcísimas melodías dedicadas á su amante. La Corneja volvió á las diez de la noche y aquella fué la señal de partida para Rafael. ¡Ay! embriagado, absorto con los mágicos hechizos de su poética Flor, no recordó la hora de la comida, y dejó pasar la tarde y parte de la noche sin volver de su deliciosa abstracción.

Cuando se vió en la calle, y ántes al atravesar por entre aquella turba de cínicos bebedores, sintió agolpársele al rostro toda la sangre de sus venas. Deshecho el encanto que le habia retenido por espacio de tantas horas haciéndole faltar á sus deberes, no pudo ménos de temblar, reconociendo á sangre fría su situación.

Llegó á su casa, le dieron la orden de su padre, y pensó conjurar aquella tempestad haciéndose el enfermo. Lo que bien podia creerse viendo su agitación, su palidez y la horrible inquietud que le devoraba.

Entró la marquesa, y al hallarle en el lecho, corrió á él con la ternura de una buena madre.

— ¡Hijo mio! exclamó la noble señora con un grito

de angustia que resonó dolorosamente en el corazon del atribulado mancebo.

— ¡Madre querida! repitió Rafael midiendo de un golpe la nueva lucha que iba á empezar en su alma.

No habia contado con la ternura, con la infatigable solicitud de aquella madre modelo, y tenia que confesarla la verdad, ó engañarla. Esto último, repugnaba á su natural delicadeza, á su pundonoroso corazon, y lo primero no dejaba tambien de causarle cierto rubor.

La marquesa se acercó á la cama, examinó al jóven, tocándole la frente y las manos, y dirigiéndole una mirada de inquietud exclamó :

— ¡Tú enfermo, querido hijo mio! ¡Ah! ¿qué tienes? no me ocultes nada; haré llamar al médico...

— No le llaméis, sería inútil; mi enfermedad no puede curarla la ciencia.

— ¡Oh Dios mio! ¿qué nuevo dolor preparas á mi corazon? Hace tiempo, Rafael, que te veo muy cambiado, eres otro; tu tristeza, tu palidez, aumentan de dia en dia, y sobre todo tu reserva, y tu ingratitud para conmigo.

— ¡Yo ingrato! ¡Ah! ¡madre mia, no lancéis sobre mi frente, demasiado agobiada por el pesar, una acusacion tan injusta!... perdonadme si os he ofendido; pero no me llaméis ingrato.

— ¿Y qué nombre daremos á la conducta que usas de poco tiempo á esta parte?

Rafael calló avergonzado; no sabia qué contestar.

La marquesa continuó :

— Aquí hay un misterio muy grande ; tú me ocultas algo y yo debo saberlo, soy tu madre, y con mi cariño y la experiencia de mis años, podré salvarte del abismo adonde te haya conducido tu inexperta juventud. Habla, hijo mio, cuéntamelo todo, y no temas ; el corazon de una madre tiene bálsamos para todos los dolores de sus hijos, y no perdona medio, aunque sea sacrificando su propia felicidad, para asegurar la de los caros pedazos de sus entrañas.

— ¡Sí, madre querida ! vos sois la misma bondad, la misma indulgencia, y sin embargo temo mostraros el fondo de mi corazon ; ¡ prefiero ántes morir, que dejaros ver toda la amargura que encierra !...

— ¡Tú morir ! ¡ y morir de amargura, de dolor !... ¡ cuando tu porvenir era tan risueño, tan apacible, y se presentaba á mis ojos con todos los encantos de la vida !...

— ¡ Es verdad ! ¡ yo vi ese destino, y soñé con la ventura de los ángeles, pero al ir á tocarle, se desvaneció como el humo, y hoy solo veo ante mí angustias, desesperacion y por último el sepulcro, que es el único término de mis males !...

— ¿ Tan graves son que no encuentras una esperanza ?

— Ninguna.

— Me asustas ; ¡ ay ! deseo saber el fondo de esa verdad espantosa, y no puedo dar tregua á mi cruel inquietud. Rafael, te ruego por mi amor me lo

revelas; y si no te basta, te lo mando con la autoridad que el Señor me ha concedido sobre ti.

— ¡Perdonadme!...

— ¿En qué me has ofendido para pedirme perdon?

— En haberme dejado precipitar en el abismo, sin haber acudido á vos para que me salvarais.

— Aun puedes hacerlo.

— ¡Es tarde!..... murmuró Rafael ahogado por los sollozos y ocultando entre los encajes del lecho su rostro, bañado en lágrimas.

¡No es extraño! Rafael era un niño, con un alma delicada, impresionable y tierna, y por la primera vez de su vida se veía abrasado por el fuego de una pasión inmensa, por los delirios de una fantasía acalorada, de una imaginación entusiasta.

¡Cuánto sufriría la marquesa al ver á su hijo en aquel estado! Solo puede comprenderlo la que se haya visto en igual caso, y la que, cual ella, sienta por sus hijos ese amoroso frenesí que nos legó desde el Gólgota la amantísima y sacrosanta Madre del Salvador del Mundo.

Las palabras únicas que pudo articular, fueron ese grito del alma, ese poema de ternura, de abnegación, de sacrificios; esas dos frases solamente; pero dichas con la entonación que solo puede darles una madre abrasada en el mas grande, en el amor mas inmenso que puede abrigar el corazón humano.

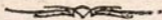
Esas palabras fueron:

— ¡Oh! ¡hijo mio! ¡hijo mio!!...

Se arrojó en sus brazos, sus besos y sus lágrimas

se confundieron..... Aquellas dos criaturas tan íntimamente unidas por el lazo mas fuerte y simpático de la tierra, lloraron, la una sus penas, su extravió la otra, porque el dolor de su hijo era el suyo, y no podia darle otro consuelo que sentir con él, y anegarse en el mismo profundo piélago de sus amarguras.

No las conocia, es verdad ; ¿pero qué importa? Si lo veía sufrir, ¿podia acaso mostrarse indiferente? ¡ Ah, no! el amor maternal no conoce la indiferencia ni el egoísmo. Es una emanacion divina, un hálito sagrado, y no puede confundirse con ningun afecto terreno; ¡ por eso lo vemos siempre grande, elevado, magnífico, heróico y sublime !!!



CAPÍTULO XXXVII.

DOS PASIONES.

El acongojado Rafael se hallaba en el caso de no poder ocultar sus sentimientos ; ¿y cómo no exponer la verdad desnuda á una madre tan buena, tan indulgente?...

Cuando la emocion de ambos se calmó con el desahogo de las lágrimas, la marquesa fué la primera en romper el silencio.

Se sentó en la cama y cogiendo la cabeza de su hijo entre sus manos, la colocó en su seno ; besando aquella hermosa y despejada frente exclamó :

— Nunca, hijo mio, emplearé el rigor para saber tus secretos ; si he perdido tu confianza y tu cariño, si mi solicitud te parece ineficaz, dime una sola palabra y quedarás libre enteramente.

— ¡Ah! madre mia! jamas abrigaré esas ideas. Os lo confesaré todo, porque solo de vos aguardo

amparo y consuelo. Vuestro amor es el faro que me guía en las tormentas borrascosas de la vida ; la luz que alumbra mi camino ; la esencia que me sostiene y fortifica mi corazón contra los embates del mundo.

— ¿Y bien, qué te detiene ?

— El temor de afligiros.

— ¿Quieres mas afliccion que la que ahora estoy sufriendo con esta incertidumbre congojosa ?

Rafael cogió la mano de la marquesa, la besó con efusion y respeto ; luego poniéndola en su corazón que latia aceleradamente, la dijo :

— ¿Sentís sus palpitaciones ?

— Si, late con una agitacion que no es natural.

— ¿Y podéis creer que un corazón humano lata á la vez por dos personas distintas, abrasado en la llama de un afecto volcánico, infinito, de un amor sin límites ?

— No te comprendo ; háblame sin rodeos.

— Sabedlo, pues, yo amo con delirio, con locura á dos mujeres ; las dos ocupan un lugar en mi corazón, y ambas son dignas, altivas y orgullosas. ¿Qué haré si solo puedo casarme con una ?

— Pero eso será un capricho pasajero ; no puede ser una pasión formal, ni tú has debido fijarte en otra, cuando estás comprometido con Honorata desde la cuna.

— No lo pude remediar, ni soy dueño de reprimir los impulsos de mi alma.

— La conciencia del deber es ántes que todo, y esta sola idea da fortaleza para ahogar en germen

las pasiones culpables que no debemos alimentar.

— ¡Culpable! ¡Ah! ¡no, madre mia! El amor que profeso á Lidia es puro como la sonrisa de los ángeles; tan profundo, ardiente y espiritual como el que me inspira la condesa.

Siento por ambas el mismo delirio, igual ardor, y no me será posible olvidar á una y á otra sin que mi corazon se haga pedazos y mi cerebro enloquezca.

— Eso es un sueño, hijo mio, una quimera de tu fantasía, que concluirá por trastornarte si no se pone pronto un remedio seguro y eficaz.

— No lo creáis; son dos pasiones vehementes que tienen su raíz en lo mas profundo de mi alma, y no es fácil arrancar ninguna sin que peligre mi vida.

— Tú eres un niño y te hallas ofuscado por la belleza ó los encantos de esa peligrosa mujer que te trastorna los sentidos, haciéndote faltar á tus deberes y á la felicidad que debes á tu prometida.

¿No consideras que si Honorata llega á sospechar lo mas mínimo, se resentirá en alto grado? ¿Y á cuántos peligros la expones? ¡Ella que te ama con el afecto mas puro, con la inmaculada ternura de los ángeles, y que cifra en tu amor la esperanza de su porvenir, la felicidad de su vida!...

— ¡Ay! ¡madre mia, ese mal ya no tiene remedio! ¡Todo lo sabe! y me ha arrojado al rostro con indignacion mi retrato y el anillo que sellaba nuestro compromiso. ¡Hé aquí estas prendas, causa de mi tormento; yo quiero que las vuelva á admitir, que me perdone, porque no sabe cuanto la adoro!...

— ¡Si tanto la quisieras, no cabria en tu pecho otro afecto ni la imágen de otra mujer!...

— Ese es el misterio que no comprendo; serán anomalias del corazon humano, será una excepcion rara, única quizá; pero yo os puedo asegurar, íntimamente convencido, de que no es una quimera que amo á las dos con un fuego purísimo, infinito, y que sostengo en mi alma una lucha tan atroz, que acabará con mi existencia.

— ¡Pobre hijo mio! ¡tu corazon es un abismo!... ¡ay! ¡y esa infeliz que oculta su pesar, y no ha permitido á mi ardientísimo celo descubrir su secreto, que llora en silencio, miétras la fiebre la devora, cuánto sufrirá! Desdichada Honorata, ahora comprendo la palidez de su rostro y la desgarradora melancolia de sus ojos.

La marquesa, vivamente afectada, inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó correr á lo largo de sus mejillas dos raudales de lágrimas.

— ¡Madre querida! ¡os lastima la suerte de Honorata y no deploráis la mia!... ¡Y no tenéis ni un impulso de compasion para la triste Lidia que nunca será mi esposa y cuyo aciago destino solo tiene por término el sepulcro ó el claustro!...

— ¡Lo sentire únicamente como puedo sentir los males de la humanidad; y al propio tiempo miraré en ella á la que ha turbado el reposo de mi hijo, mi tranquilidad y la ventura de esa huérfana infeliz!...

— ¡Tambien podéis ver en ella la que os ha devuelto un hijo y un esposo!...

— ¿Qué dices?

— La carta que nos salvó del puñal de los asesinos en las montañas de Navarra, ella la escribió, exponiéndose al odio y la venganza de nuestros perseguidores. Tal vez por haber salvado nuestra vida, peligro la suya. Se halla sola, indefensa, sin protección y sufriendo todas las calamidades, todas las desdichas de una suerte aciaga y fatal. ¡Oh! y si la conocierais, su genio es un tesoro; su virtud, su candor y la pureza de su alma la asemejan á los ángeles.

Es imposible verla sin amarla.

¡Nadie resiste á la dulzura de su acento, al armonioso timbre de su voz; cuando habla, enloquece; cuando canta, hace delirar; y si al mismo tiempo fija en el que tiene delante su mirada magnética, arrebatadora, le hace perder la razón, y extasiado, fuera de sí, cae á sus plantas bendiciéndola y adorándola como los ángeles á Dios!...

— ¡Insensato! te has dejado embriagar por sus encantos sin conocer que te perdías. Sin recordar que si esa mujer es muy bella, muy seductora, no aventajará en gracias ni en belleza á Honorata, y esta reúne además el brillo de la cuna, de la nobleza; el inextinguible amor que te profesa, y el incontestable derecho que tiene á tu fidelidad y tu cariño.

— Todo lo conozco, y no la amo ménos que á Lidia; ya os he dicho que en mi corazón reinan ambas de una manera absoluta.

— Pues no tienes mas remedio que renunciar á una de ellas y hacer á la otra tu esposa.

— ¡Tambien lo sé, y abrigo la dolorosa conviccion de que Lidia nunca podrá aspirar á ese título, sin embargo de que me ama con el ardor de la fiebre!

— ¡Otra víctima! sabiendo que no puede ser tuya has introducido en su pecho un amor que acabará con su vida, si no tiene bastante fortaleza para resistirle.

Rafael bajó la cabeza abrumado por el peso de tan justa reconvencion.

Dos lágrimas se deslizaron de sus párpados, que fueron á perderse en la satinada mano de la marquesa, la que no pudo ménos de conmoverse comprendiendo la intensidad de aquel dolor sombrío y silencioso.

— Tú sufres mucho, hijo mio, y es preciso descargar tu corazon de este peso que le abruma. Yo me prometo salvarte, si me das palabra de seguir al pié de la letra mis indicaciones y no das un solo paso sin mi consentimiento.

— ¡Lo que queráis! salvadme de mí mismo: arrancad de mi pecho este amor que me mata, y obtened para mí el perdon de la condesa. Yo no quiero se rompan por mi causa los lazos que habéis formado junto al lecho mortuorio de la infeliz madre de Honorata. Ella desde el cielo verá mi sacrificio y nos bendecirá, alcanzando del Ser Supremo me dé fuerzas para cumplirle.

— ¿Luego tu estás decidido á olvidar á Lidia ?

— ¡Olvidarla nunca! lo único que la prometo es no ser su esposo.

— Fia, pues, en mi ; queda bajo mi proteccion esa niña ; ha salvado vuestra vida, y emplearé todos los recursos con que puedo contar, para darla, si no la felicidad, la fortuna y la paz del alma.

— ¡Ah! si, madre mia, sobre todo que salga pronto de aquella casa : no perdáis un minuto.

Aquí Rafael contó á su madre la triste posicion de las dos niñas y supo pintar su desgracia con unos colores tan vivos, que la marquesa conmovida le prometió que al dia siguiente iria ella misma á sacarlas de la hostería, depositándolas en una casa honrosa y segura.

Noble propósito que no le fué dado cumplir, pues cuando fué á buscarlas, ya habian desaparecido las dos hermanas y nadie supo darla razon de su paradero.

Largo rato pasó la marquesa con su hijo, y ya se disponia á retirarse, viéndole tranquilo, cuando la puerta de la estancia se abrió repentinamente, apareciendo Aurora, pálida y alterada gritando :

¡Ah! ¡señora, venid pronto, venid ; la condesa se muere !...

— ¡Virgen Santísima! que nuevo dolor nos aguarda, dijo la ilustre dama, lanzándose rápidamente hácia la habitacion de Honorata.

Rafael saltó de la cama, y envolviéndose en una

bata, la siguió tambien con el corazon traspasado y preso de los mas angustiosos dolores y de los mas punzantes remordimientos, porque se creía la causa de aquella repentina enfermedad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.